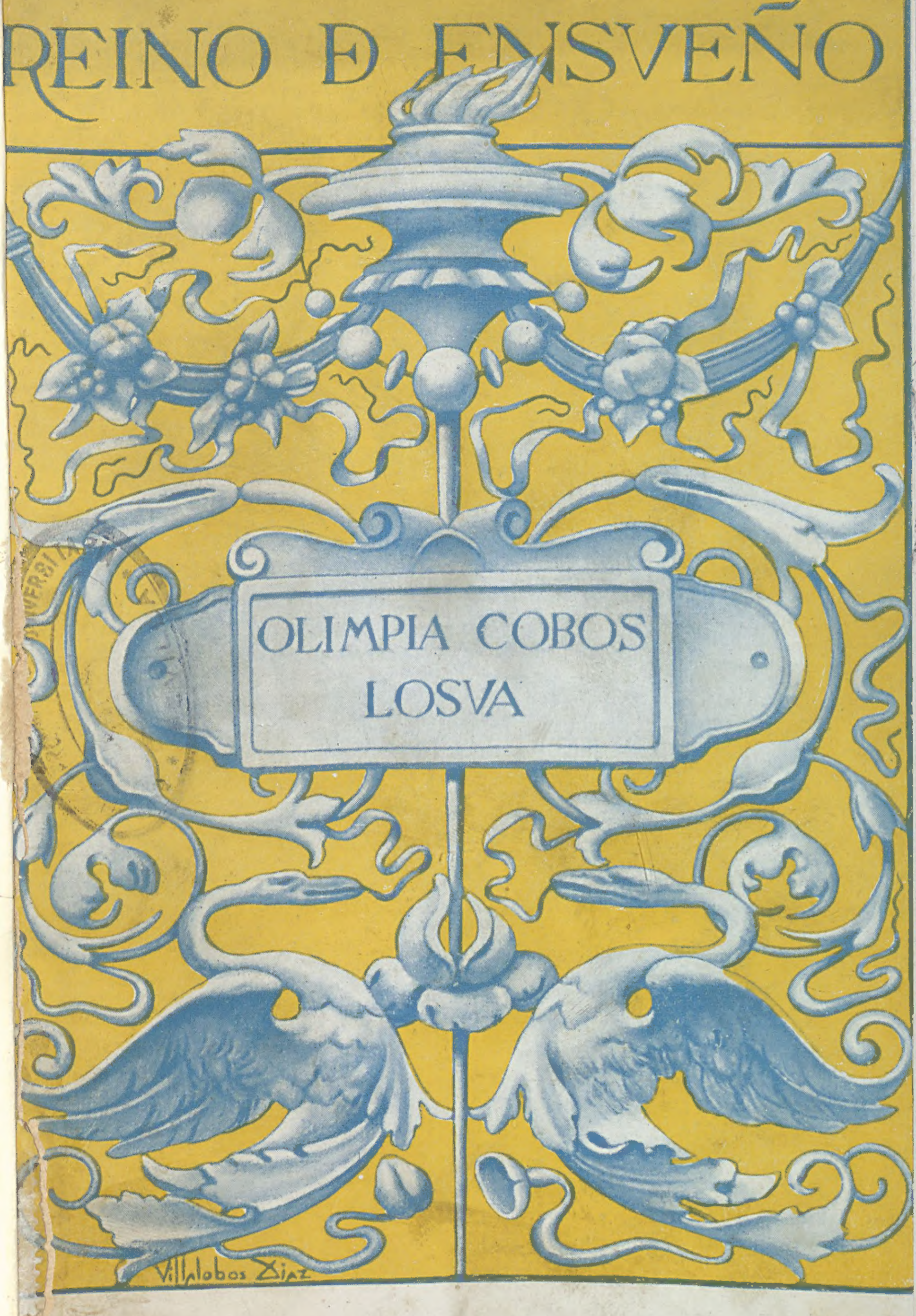
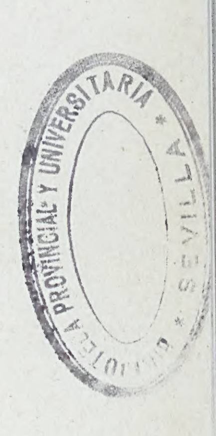




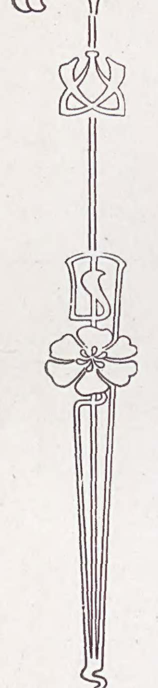
REINO DE ENSVEÑO
OLIMPIA COBOS
LOSVA
Villalobos Diaz



REINO DE ENSUEÑO

La recopiladora de estas bellas páginas las dedica a la ilustre dama Excma. Sra. Condesa de Lebrija, gloria de Sevilla.

REINO ◇ DE ◇ ENSUEÑO



COLECCION DE CUENTOS
Y ARTICULOS LITERARIOS

POR

OLIMPIA COBOS LOSÚA

† EN CORDOBA, 20 DICIEMBRE 1919



ESCUELAS PROF. SALESIANAS DE ARTES
Y OFICIOS — 1920 — SEVILLA





Homenaje sentimental.

La publicación de este libro es un homenaje de amor a la dulce memoria de mi hermana Olimpia, muerta prematuramente, cuando su inteligencia y su voluntad habíanle dado glorioso triunfo sobre los múltiples obstáculos de la existencia.

Bien pudo decirse de ella lo que escribió el Sabio: «Viviendo corto tiempo completó el camino de una larga vida,» según fué la suya plena de virtudes cristianas y sociales: vida sabiamente ocupada, en elevar el nivel de la cultura femenina, en formar el espíritu de la mujer en los altos ideales del amor a la virtud, y el culto a la ciencia; vida, en fin, que tuvo como digno término y remate, una muerte ejemplarísima y santa, en el espléndido apogeo de la juventud y de la belleza.

En los breves momentos de vagar (que el deber fielmente cumplido deja escaso lugar al ocio), aquella imaginación dulcemente poética y soñadora, produjo algunas bellas páginas, en las que nunca buscó ni alabanza interesada, ni satisfacción vanidosa; fueron como las canciones que entona el viajero, mientras descansa a la sombra de los árboles, en la quietud sedante de los campos. Ella, dulce peregrina, que marchaba por los senderos del Bien

y de la Belleza, tomaba cada día alientos nuevos en el culto al ideal, y su espíritu lleno de un optimismo sano y fuerte, dió forma a exquisitos pensamientos, envueltos en el acierto de sus narraciones.

Son estas páginas, cuentos en los que se nota un sello de distinción espiritual, una sugestiva elegancia, y, a veces, una discreta y fina ironía; impresiones de viaje, donde el tecnicismo demuestra la gran cultura de la escritora, y el comentario idealista, prueba, que su alma era preciada lira que vibraba con las suaves armonías de la fe, y su corazón, relicario de oro que contenía el noble amor a las glorias de la raza..... Aparecen luego los escritos de sociología; es otro cambiante de la luz de su inteligencia; los colores del iris son igualmente bellos.

A su muerte yo recogí esas dispersas páginas, como manojo de flores, como puñado de gemas, reuniéndolas sin plan ni método, que nunca el idealismo pudo encerrarse en las exactas líneas de una rígida figura geométrica, ni se acomoda el dolor a los estrechos límites de la humana lógica..... Sólo traté de sentir sobre mi corazón las últimas vibraciones del espíritu de mi adorada hermana, conservando estas bellas narraciones, que constituyen la esencia de su mente privilegiada.

Manos piadosas, ungidas con los suaves perfumes del sentimiento, escribieron preciosas líneas en su loor; son oraciones líricas ofrendadas a su memoria; son flores espirituales que adornan el dorado cancel de su libro. Líneas de valor incalculable, que brotaron de corazones nobilísimos y de inteligencias luminosas, en un momento de verdadero dolor, y que tienen la sincera elocuencia de la tristeza. Ellas compendian la vida admirable de mi hermana, y dicen cuanto yo no pudiera expresar sin que mis palabras se tildaran de hiperbólicas alabanzas, nacidas de un exaltado amor.

AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS.

LA SEÑORITA OLIMPIA COBOS [1]

Nos hallamos bajo el peso de una impresión dolorosísima; nuestra distinguida colaboradora la señorita Olimpia Cobos Losúa, dejó de existir ayer, víctima de rápida dolencia.

La noticia de su muerte produjo general y dolorosa impresión tanto por lo inesperada, cuanto por tratarse de una persona que por su talento, cultura, virtudes y excelentes dotes de carácter, gozaba del afecto y la consideración generales en Córdoba.

La señorita Olimpia Cobos era una de las mujeres que honraban el feminismo español.

Poseía varios títulos académicos, entre ellos el de la licenciatura en Filosofía y Letras y el de Profesora Normal, y estaba consagrada a la enseñanza realizando una labor docente digna de los mayores elogios.

Hace algunos años vino a Córdoba destinada a la Escuela Normal de Maestras, donde en muy poco tiempo se conquistó las simpatías y el cariño, tanto de sus compañeras como de sus alumnas.

---

(1) Los bellísimos trabajos que forman la Corona poética, se han insertado por el orden con que aparecieron en la Prensa o me fueron enviados; para mí todos son igualmente estimables, cerrándolos a manera de precioso broche el tríptico de la mística y dulce poetisa sevillana, ilustre dama D.ª María Bárbara Tixe de Isern.

Además la señorita Cobos cultivaba la literatura con gran fortuna y ocupaba puesto preferente entre las escritoras españolas contemporáneas.

En sus artículos, de forma irreprochable, se admiraba un delicado espíritu de observación y aquellos eran a la vez reveladores de la cultura excepcional de su autora.

Durante las vacaciones del verano último realizó un viaje de estudio por varias provincias y con las impresiones recogidas en él se proponía publicar una obra que hubiera resultado verdaderamente notable y cuyas primicias saborearon los lectores del *Diario de Córdoba* que se honraba en contar a la señorita Cobos entre sus colaboradores de más valía.

Pertenecía la finada a varias corporaciones científicas y literarias de diversas ciudades, como la Sociedad de Arqueología y Excursiones, de Córdoba, en cuyos trabajos tomó parte activa escribiendo interesantes y eruditos relatos de algunas de las visitas realizadas por los miembros de dicha Asociación a monumentos y lugares históricos de esta capital y de su provincia.

Olimpia Cobos Losúa se hallaba en plena juventud y unía a las dotes enunciadas belleza y distinción, que hacía más interesante la figura de la distinguida escritora, honra del profesorado español femenino.

La redacción del *Diario de Córdoba* se asocia al profundo dolor de la distinguida familia de la finada y especialmente de su hermana la inspirada poetisa doña Amantina Cobos de Villalobos, que también favorece a este periódico con su valiosa cooperación, y eleva a los cielos una fervorosa plegaria en sufragio por el alma de la que fué modelo de virtudes, blasón del Magisterio y gala de las letras.

Ayer a las cinco de la tarde se verificó la conducción del cadáver, desde el colegio de Sta. Victoria, don-

de habitaba la finada, al cementerio de Ntra. Sra. de la Salud.

Al acto asistió distinguido y numeroso duelo en el que figuraban representaciones del Patronato del citado colegio, de los Claustros de profesores del Instituto General y Técnico, de la Escuela de Veterinaria, de la de Artes y Oficios, de la Normal de Maestros, de la Sociedad de Arqueología y Excursiones, el Comisario regio de Bellas Artes de esta provincia, el Secretario del Gobierno civil y otras significadas personalidades.

RICARDO DE MONTIS.

(*Diario de Córdoba,* 21 de Diciembre de 1919.)

OLIMPIA COBOS

La señorita Cobos al llegar al colmo de sus aspiraciones, después de luchar para obtener el puesto donde la fortuna le sonreía, ha sucumbido al golpe de traidora enfermedad, como planta marchita por los rigores del invierno.

Sus discípulas de la Escuela Normal de Córdoba la rodeaban en el aula cariñosamente, como hijas enamoradas de una madre que vierte consejos y enseñanzas provechosas, las cuales eran recogidas por sus jóvenes alumnas, como el aire recoge los sonidos de la naturaleza y el perfume de las plantas.

Manejaba la prosa con singular delicadeza, y con arte exquisito la novela y el cuento, que eran sus aficiones literarias. Los lectores de el «Diario de Córdoba» se deleitaron muchas veces con el gusto literario de que hacía gala en sus artículos y cuentos.

Sus pequeñas novelas, sus impresiones de viaje y sus cuentos, ya de carácter histórico o filosófico, hubieran formado en breve un interesante libro; pero el infortunio no lo ha querido así, sorprendiendo la muerte en su camino a la señorita Cobos, que unía a sus bondades y a su belleza, una extensa y sólida cultura.

Su hermana, la inspirada poetisa D.ª Amantina Cobos de Villalobos, que sentía un amor idolátrico, tierno y delicado por la finada, habrá experimentado inmensas amarguras y dolor incomparable.

Nos asociamos al inmenso pesar de su inconsolable hermana, cuyo gran dolor sólo pueden mitigar la resignación y el tiempo.

(El Liberal, Sevilla, 26 de Diciembre de 1919.)

OLIMPIA COBOS

El Magisterio y las letras españolas están de luto.

En la plenitud de la vida, pletórica de esperanzas y de nobles proyectos; cuando empezaba a gozar el fruto de sus áridos estudios, ha muerto la cultísima profesora y notable literata señorita Olimpia Cobos.

Cuando después de tantos desvelos, de tantas vigilias consumidas en el estudio, ofrendadas en aras del saber, llegaba a la cumbre de su brillante carrera, la muerte aleve siega su vida... ¡Siempre el soplo glacial del invierno marchitando la primavera!

¡Qué pena morir en la plenitud de la vida con el alma llena de esperanzas, de ilusiones en lo porvenir!

Olimpia Cobos poseía varios idiomas, el título de la licenciatura en Filosofía y Letras y el de Profesora Normal... una vasta cultura, en fin, a la moderna, a la

altura de nuestro siglo y era modelo de discreción y de finura.

Entre las muchas virtudes que adornaron a la finada, una de las mayores fué la modestia; hablaba de ella lo menos posible, al contrario de la mayor parte de los demás escritores y artistas.

Olimpia Cobos vivió mucho tiempo en Sevilla, donde contaba con numerosas y escogidas amistades, y deja escrita una bella serie de crónicas, artículos y cuentos, publicados e inéditos, algunos inspirados en nuestra ciudad.

¿Podría la Sección de Literatura del Ateneo sevillano, organizar una velada necrológica en honor de la malograda escritora: una lectura de sus obras inéditas, por ejemplo?

Con la muerte de Olimpia Cobos, el Magisterio pierde una de sus más prestigiosas lumbreras, la Literatura una prosista de irreprochable y castiza factura y delicada inspiración, y los que nos honrábamos con su amistad, perdemos una fraternal e inteligente amiga digna de todos los respetos.

Descanse en paz la malograda pensadora y reciba su inconsolable hermana, la ilustre escritora D.ª Amantina Cobos de Villalobos, nuestro más sincero pésame.

FERNANDO DE LOS RÍOS.

(*La Exposición,* Revista ilustrada, Sevilla, 30 de Enero de 1920.

LA SEÑORITA COBOS

La muerte ha segado en flor la vida ejemplar y fructífera de la Srta. Olimpia Cobos, distinguida profe-

sora de la Escuela Normal de Maestras de Córdoba, y hermana de nuestra excelente amiga y colaboradora D.ª Amantina Cobos de Villalobos.

Después de ruda y dificilísima oposición, ingresó la Srta. Cobos hace pocos años, como alumna becaria en la Escuela Superior del Magisterio, donde siguió con gran aprovechamiento los cursos del grado normal, captándose pronto las simpatías y el aprecio de profesores y condiscípulos, por su talento, cultura, finos modales y bondadosísimo carácter.

Concluídos los estudios, fué nombrada profesora de la citada Escuela Normal donde dió, desde luego, abundantes muestras de su competencia científica y de su vocación profesional.

La Srta. Cobos escribía muy gallardamente sobre asuntos de Sociología y Arte, y sus artículos, juntamente con algunos bellos cuentos, se publicarán, acaso pronto, en un volumen, que será muy interesante, y revelará a muchas personas los grandes méritos de la Srta. Cobos, que ella, por natural modestia recataba tímidamente de la curiosidad pública.

¡Descanse en paz la joven y excelente profesora y reciban nuestro más sentido pésame los señores de Villalobos!

Rogamos a nuestros lectores una oración por el alma de la finada, que santa gloria haya.

RUFINO BLANCO,
Director de *El Universo*.

Madrid, 3 de Febrero de 1920.

BALANCE LITERARIO CORDOBES DE 1919

NECROLOGIA

. . . .

No terminaremos este artículo necrológico sin dedicar un recuerdo a una mujer de grandes méritos, la señorita Olimpia Cobos Losúa, pues aunque no fué cordobesa, en nuestra ciudad residió algunos años, ejerciendo un cargo importante, y aquí escribió y publicó muchos de sus trabajos.

Olimpia Cobos poseía una vasta cultura, una imaginación privilegiada, un delicado espíritu de observación, un exquisito gusto literario y un dominio absoluto del idioma castellano.

Huelga después de dicho esto añadir que sus artículos, ya fuesen impresiones de viajes, ya estudios psicológicos, sus cuentos y sus crónicas, despertaban el interés del lector deleitándole con las bellezas del fondo, del que siempre se deducía una enseñanza provechosa, y con los primores de la forma, elegante y de irreprochable corrección.

No pocos trabajos de la señorita Cobos aparecieron en las columnas del *Diario de Córdoba* y muchos en otras importantes publicaciones, de las que fué colaboradora asidua.

Estas delicadas composiciones no se perderán como suele ocurrir con cuanto se publica en le Prensa, gracias a la notable poetisa D.ª Amantina Cobos de Villalobos, hermana de la malograda escritora, que se propone recopilarlas en un libro, con lo cual prestará un valioso servicio a las letras.

Olimpia Cobos cursó las carreras de Filosofía y Letras, en la que obtuvo la Licenciatura, y de Profesora Normal, cargo que desempeñaba, al morir, en la Escuela Normal de Maestras de Córdoba.

Y pertenecía a varias asociaciones científicas y literarias, entre ellas la Sociedad de Arqueología y Excursiones de esta capital.

Descansen en paz estos meritísimos paladines de la cultura patria.

RICARDO DE MONTIS.

(*Diario de Córdoba,* 11 de Febrero de 1920.)

EN MEMORIA

DE LA QUE FUE MI DISCIPULA

Cuando tuve noticia de la triste realidad, sentí una doble pena. Muerta la señorita Cobos perdía la enseñanza española una profesora dignísima, ilustrada y llena de vocación, entusiasmo e ideal; pero además perdíamos una mujer. Porque Olimpia tenía el preciado secreto de conservar un hondo y tierno sentimiento femenino, que no era obstáculo a un espíritu selecto, cultivado y perspicaz.

¡Difícil conjunción que raramente se presenta por desgracia!

Yo sé que su cátedra era trabajo, labor constante, colaboración eficaz y efusiva entre profesora y alumnas; y aquel estudio que ella dirigía era grato a sus discípulas, porque Olimpia era todo amor y sabía caldear con

su entusiasmo y con su culto al ideal, el espíritu de sus jóvenes alumnas.

Profesora cuyos alientos iban, no a ras de la tierra, sino tras de noble empresa de mejoración social, sabía dirigir a las jóvenes por el camino del deber; que sin enamoramiento del que nos corresponde ninguna obra grande puede llegar a término...

Quiso Dios ponerlo a la carrera de esta profesora; pero no sin dejarnos un ejemplo que admirar. Breve fué su enseñanza y cortos fueron los días de su magisterio; pero muchas maestras que en Córdoba estudiaron podrán recordar siempre, no sólo las palabras de quien las dirigió, que éstas pueden ser fáciles en la expresión y vacías en el contenido, sino lo que vale más y es lección imborrable: cómo enseñaba, cómo estudiaba, cuán digna, cuán buena, qué humilde y qué justiciera era aquella piadosa y discretísima joven.

DR. JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ,
Catedrático.

EN MEMORIA

de aquella bondadosa atención y de aquel culto entendimiento, sobre la tumba de Olimpia Cobos, un ramo de exquisitas flores en vaso de brillante ámbar.

ALEJANDRO GUICHOT,
Publicista.

NECROLOGICA

¡Olimpia Cobos ha muerto! La juventud, la firmeza de carácter, los ideales satisfechos, las aspiraciones cum-

plidas, cedieron su puesto a la frialdad de la tumba. Debajo de la losa quedaron las cenizas de la envuelta de un alma grande, que supo luchar con las contrariedades de la vida y entró en el huerto de la misma arrancando las espinas de la orfandad, del desamparo, del abandono, de la juventud naciente..... y cuando las flores del huerto empezaban a dar aromas delicados e intensos y fluían como savia vivificadora en la Escuela Normal de Córdoba con sus teorías modernas y explicaciones científicas; en la literatura con sus cuentos y narraciones de viaje y en la vida de sociedad con su ameno carácter, su ilustración vasta y profunda y ese conjunto agradabilísimo que hacía de Olimpia Cobos una mujer perfecta y apta para saborear y leer una a una las páginas del libro de la vida, Dios quiso trasplantarla a más amenas regiones, quizá porque no nublara su frente la última de ellas dedicada a los desengaños, o la intermedia del indiferentismo. Es lo cierto que con su muerte perdimos una inteligencia para las letras y un corazón para la vida. Yo, que la conocí y traté de cerca, quiero sembrar con mis cuartillas el homenaje que se le proyecta; pero no con su biografía, descrita ya por plumas de gran valer, sino por la nota sensible de su muerte, que arrancó lágrimas a nuestros ojos y plegarias a nuestros labios.

No dudo que desde el cielo alcanzará la resignación que necesita su hermana, la inspirada poetisa Amantina Cobos de Villalobos, que, cual árbol tronchado por furiosa tempestad, se inclina bajo el peso de la desgracia sufrida con tan sensible pérdida y que sólo pueden mitigar la fe cristiana y los delicados perfumes del bálsamo de la oración.

María González.

A LA COMPAÑERA MUERTA

COMO RECUERDO DE DESPEDIDA

Nada mejor que una sencilla evocación a su memoria, y una manifestación de la tristeza solemne que causan acontecimientos semejantes.

Es un trozo de nuestra juventud el que con *ella* se va, llevándose al mismo tiempo el recuerdo de tiempos felices y de instantes de íntima y fraternal convivencia.

Reflexionando, con placidez de espíritu, como deben ser considerados estos problemas de la vida y estos misterios de la muerte, se nos ocurre pensar que, cuando muere un ser querido, éste no ha hecho más que precedernos en ese cambio de lugar que las almas verifican y en esa nueva fase de la existencia que para los mortales se realiza en lo desconocido. Es solamente, que *ella* fué antes llamada a ese viaje forzoso que todos hemos de realizar, al fin del cual, pensando consoladoramente volveremos a reunirnos. Sobre la tierra desaparece todo; nos separa la muerte, el olvido y hasta el cambio de afecciones.

Hoy que de ella no queda más que la esencia y espiritualidad de su recuerdo y el cariño y amistad que supo labrarse con los tesoros de su alma buena y de su talento privilegiado, con su dulce efusión y cordialidad, quede este modestísimo homenaje de una de sus compañeras y amigas más queridas y que ello represente el tributo que a ella dedicamos cuantos disfrutamos su amistad.

Si como quieren los sabios y piensan los creyentes no mueren con los cuerpos las almas que los animan;

si los que han desaparecido no están lejos de los que viven en su recuerdo, tú, dulce y querida compañera nuestra, no te separes mucho de nuestro mundo y alégrate al mirar cómo conservamos tu memoria como algo muy íntimo de nuestro sentir.

Que nuestra espiritual comunión persista a pesar del infinito interpuesto entre nosotros, ya que para los recuerdos y afectos nada significa el hecho material de la muerte con su irrevocable y brusca separación. La vida es corta, los más felices son los que miran al más allá.

DOLORES CABALLERO,
Profesora de la Escuela Normal de Albacete.

OLIMPIA COBOS

La ley ineludible de la muerte ha arrebatado a nuestro afecto y admiración la cultísima profesora y notable literata señorita Olimpia Cobos.

Al dar cuenta a los lectores del *Boletín de la Sociedad de Arqueología* de tan sensible pérdida, no pretendemos juzgar su obra, cosa que dejamos para los eruditos o los fatuos, que estas dos categorías tan diversas se disputan el juicio de las personas de valer: los primeros, por derecho propio; los segundos, por soberbia; que una de las manifestaciones de la ineptitud es erigirse en juez de los demás. Nosotros, sólo podemos decir que la Srta. Cobos, que poseía varios idiomas, el título de licenciada en Filosofía y Letras, alumna becaria por oposición de la Escuela Superior del Magisterio, profesora de la Normal de Córdoba y Numeraria de la Sociedad de Arqueología, poseía una vasta cultura sólidamente cimentada. Sus lecciones en la cátedra tenían el atractivo

de la amenidad, y sabía exponer las cuestiones más áridas con tanta sencillez y donaire, que las hacía comprensibles y agradables a los entendimientos menos dispuestos. La riqueza de sus conocimientos y el don de trasmitirlos a los demás se apreciaba, aun mejor que en sus escritos, en su amena conversación.

De sus múltiples aptitudes, y, en particular, de sus conocimientos arqueológicos, tienen buena prueba los lectores del *Boletín*, en la crónica de la «Excursión a Santo Domigo de Silos» publicada en números anteriores de esta revista, y de sus entusiasmos por la Arqueológica, en su gestión a favor de la misma y de la Exposición Regional de Fotografías, organizada por la Sección de Artes de Aplicación a la que pertenecía.

Descanse en paz la malograda Olimpia Cobos, cuya memoria ilustre durará siempre entre sus compañeros y amigos, y reciba su hermana, la notable escritora doña Amantina Cobos de Villalobos, nuestro sincero pésame.

ANTONIO SARAZÁ MURCIA,
Secretario de la Sociedad de Arqueología de Córdoba.

RECORDANDO...

En la tranquila vida provinciana gustamos de evocar épocas de intensa vibración para nuestras almas. Tal vez la que más añoramos es la de estudiantes, en la que, mientras trabajábamos, tejíamos la red invisible de los ensueños, de los proyectos.

La Literatura, al comprenderla mejor, nos enloquecía hasta el punto de arrastrarnos en pos de rimas y de ritmos: la Filosofía, al madurar nuestro pensamiento,

nos trazó un camino, en el que nos hemos adentrado con paso firme y seguro.

Olimpia se sentía atraída, de modo más visible que nosotras, por los grandes clásicos, y amó con entusiasmo a los filósofos. No se contentó con tejer los ensueños, sino que, a semejanza de los artistas orientales, cubrió el tejido de espléndidos bordados... y mereció mil veces el INSULTO (¿?) de «romántica».

La vida materializa las aspiraciones y sólo los «románticos» han podido darle la riqueza de su romanticismo, que la embellece, como el sol con la riqueza de su luz, dora los objetos todos y abrillanta las escenas vulgares hasta convertirlas en artísticas... Y en artística Olimpia convirtió su vida. Trabajó incesantemente en su Normal; tuvo asiento fuera de ella en Ateneos y Asociaciones del saber; escribió en periódicos y revistas...

Y terminó su vida con la lección más fecunda: la de su muerte ejemplarísima.

En su existencia breve supo *vivir* y *morir;* ¿puede decirse algo mejor de una maestra?

CARMEN DE LA VEGA MONTENEGRO,
Profesora de la Escuela Normal de Santander.

OLIMPIA COBOS

Su muerte produjo en mí profundísima emoción. Tuve el gusto de convivir con ella una temporada, durante nuestra vida estudiantil, y pude apreciar la grandeza de su corazón y la clarividencia de su mente. Sabía que su carrera profesional estaba sembrada de hermosos proyectos, de los cuales, felizmente, convirtió algunos en realidades al frente de su clase; y por eso, lloré

su pérdida, y por eso el Magisterio perdió uno de sus miembros más cultos y prestigiosos, y por eso, hoy, al ver inesperadamente tronchada una amistad sincera, al conservar su recuerdo gratísimo, elevo al Cielo mis plegarias para que premie con largueza sus merecimientos, y le dedico estas líneas, pobres por ser mías, sinceras porque habla un corazón amigo, y que, en último termino son un tributo de justicia a la compañera que pasó por la tierra llevando encendida en su mano la antorcha de la verdad, y con ella alumbró las inteligencias y supo avivar en sus discípulas el fuego del amor por las grandes causas. Hagamos honor a su memoria.

CARMEN CUESTA DEL MURO,
Profesora Normal.

UN LIBRO DE OLIMPIA COBOS

La poetisa D.ª Amantina Cobos de Villalobos ha acometido una plausible, una meritoria empresa; la de recopilar en un volumen los trabajos literarios más selectos de su hermana la distinguida escritora señorita Olimpia Cobos Losúa.

Así, a la vez que rinde un tributo de cariño fraternal a la memoria de la docta profesora de la Escuela Normal de Maestras de Córdoba, presta un excelente servicio a las Letras patrias, por que los trabajos de la señorita Olimpia Cobos, dispersos en la Prensa y la mayoría publicados en este periódico, son de los que no se deben perder, de los que merecen que se conserven en todas las buenas bibliotecas para ilustración y solaz de los lectores.

Las producciones de la señorita Cobos Losúa, lo mismo sus crónicas, leyendas y cuentos que sus impresiones de viaje y sus estudios históricos, revelan la cultura excepcional de su autora; tienen una filosofía que encanta, un fondo moral que subyuga, un interés que atrae, una delicadeza exquisita, propia del alma femenina, y una corrección tal en la forma, que pueden servir de modelo de bien decir en la hermosa lengua castellana.

Por todo esto no se trata de un libro más en el índice de la bibliografía española, sino de una obra sobresaliente, fruto de una mentalidad privilegiada, que viene a llenar un fin importantísimo, el de cooperar a la cultura de nuestro pueblo.

D.ª Amantina Cobos, a guisa de corona fúnebre dedicada a su hermana amantísima, ha recopilado también en el volumen a que nos referimos, avalorándolo más de este modo, los artículos necrológicos dedicados por la Prensa a la malograda escritora y los juicios críticos que de sus obras formularon notables literatos y hombres de ciencia.

Esta corona fúnebre llena de merecidas alabanzas, de justos elogios, de verdaderas elegías a la prematura muerte de una mujer ilustre, honra y legítimo orgullo del feminismo español, constituyen el broche de oro que encierra el primoroso libro donde se hallan recogidas las luminosas ideas y reflejados los hermosos sentimientos de un cerebro privilegiado y de un corazón magnánimo y noble.

RICARDO DE MONTIS,
De las Reales Academias de la Historia y de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Letras, de Córdoba.

(*Diario de Córdoba,* 23 de Septiembre de 1920.)

EN MEMORIA

DE LA INSIGNE PROFESORA Y VIRTUOSA LITERATA

SRTA. OLIMPIA COBOS

(TRIPTICO)

I

SU INTELIGENCIA

Olimpia, en el albor de la existencia,
Por Sol de eterna luz fué iluminada;
Y en el acto su alma es adornada
De Numen especial..... germen de Ciencia.
Y en edad bien ajena de experiencia,
Niña aún, cual *Modelo* es admirada,
Y en las aulas, su mente es reputada
Por *lumen* de seráfica influencia.
Luego, en mujer la niña convertida,
De ínclitas perfecciones investida,
De su vergel con flores nos perfuma:
Del saber y las letras Profesora,
Nos dejó en su Preludio de Escritora
¡Páginas bellas..... que trazó su pluma!

II

SU CORAZÓN

Era su corazón joyel valioso,
Donde gran caridad, fuego divino
Llamas de Amor alzaba de contino
Hasta el Solio del Todopoderoso.

Secando el llanto del menesteroso,
Con efluvios de Gracias del Dios Trino
Alumbraba del mundo al peregrino
De su ingenio con rayo luminoso.
Y para socorrer toda indigencia
El corazón pidió a la inteligencia
Hollar de sus alumnas la ignorancia:
Y del saber con los preciados dones
Aquellos juveniles corazones
Llenaba de suavísima fragancia.

III

SU VIRTUD

La literata de elevados vuelos,
Tan docta en letras y en filosofía;
Su afán era, ocultar lo que valía,
¡De la *Humildad!* envuelta en densos velos.
Carismas especiales de los Cielos,
Por su Angel tutelar, Jesús le envía;
Y con ellos, Olimpia al *Bien* corría.....
Cual corren hacia el mar los rïachuelos.
Al ver tan linda *Flor*, la Inmaculada,
Trasladarla mandó a falange alada,
Al escabel del Trono de su Hijo.....
Y la fragante *Flor* del suelo hispano
Las Plantas hoy perfuma al Soberano
¡Besándolas..... con dulce regocijo!

MARÍA TIXE DE ISERN.

REINO DE ENSUEÑO



Reino de ensueño.

Para mi querida
hermana Amantina.

DAMITAS de altos peinados y puntiagudas cotillas, cuyos esbeltos cuerpecitos tienen el andar vacilante y saltarín del pajarillo sobre cimbreante rama: la seda de sus vestidos se pliega en los *panniers* y cae ondulosa hasta los chapines de raso de dorado tacón. Ocultan sus rostros bellos y aniñados tras las afiligranadas varillas de primorosos abanicos, cómplices y confidentes de emboscadas amorosas y frívolos discreteos.

A su lado caminan elegantes aristócratas de bordada casaca y corto calzón; los vuelos de sus mangas y chorreras son primorosos detalles del lujo afeminado de una corte que sustituyó con ricas telas las férreas armaduras, y con intrigas políticas los triunfos de la espada. No calzan espuelas de cortante acero; llevan ricos zapatos de encarnado tacón, cuyas doradas hebillas están cubiertas de pedrería.

Es el 25 de Agosto; la corte afrancesada del primer Borbón celebra en los jardines versallescos del Real Sitio de S. Ildefonso, el santo de su Rey.

Por doquiera se ven fantásticas iluminaciones en los prodigiosos jardines: millares de luces encerradas en globos de pintada seda y centenares de lamparitas de plata, aparecen pendientes de los árboles y, entre el césped y las flores se han ocultado infinidad de vasos de distintos colores que dan la impresión de monstruosas luciérnagas. En los bosquecillos y entre la espesura los músicos tocan las piezas más escogidas de su repertorio.

. . . .

Terminó el *minué*. El rey, bondadoso y galante como en sus juventudes, felicita y obsequia espléndidamente a los bailarines y ofrece el brazo, para conducirla a su sitio, después de prodigarle lisonjeras frases, a la damita que más se distinguió. Nadie la conoce: llegó de Francia hace dos días acompañada de un viejo aristócrata que dícese su deudo y fueron presentados al Rey por el embajador francés.

Felipe V, nostálgico de su patria, siente placer al favorecer a todo el que llega del amado país, y recibe y agasaja, con su proverbial generosidad, al conde D'Arnon y a su bella sobrina Diana.

La distinción que el rey concede a la joven, su belleza y el incógnito que le rodea, contribuyen a su triunfo, y Diana D'Arnon es aquella noche, después del Rey, el personaje más importante de la fiesta, y recibe plácemes, adoraciones y galanterías, que despiertan borrascas de oculta envidia y tempestades de reprimidos celos.

. . . .

Las últimas cadencias de la música se pierden en el aire; los relojes de palacio marcan la una de la mañana y el Rey da la señal de partir. Hay un momento de confusión; pero la comitiva se ordena y parte en dirección al palacio, abandonando el bello salón que se denomina «Las Ocho Calles».

Oculta en un bosquecillo está la damita misteriosa;

aprovechando la confusión de la marcha retiróse a aquel lugar, donde está emboscada. Tal vez espera algo.

Las luces comienzan a apagarse, cesa el ruido, los criados recogen las ricas alfombras y los dorados sitiales; todo queda en silencio.

Diana D'Arnon sale del bosquecillo y toma una de las cercanas alamedas; en breves momentos se encuentra en una plazoleta en cuyo centro hay una fuente; es «La Fuente de las Ranas». Sumergidos en las plateadas aguas se ven a los animalitos de bronce, unos con su forma real, otros vestidos con caprichosos trajes de la época. La damita mueve sus labios, tal vez musita un conjuro. La luna se oscurece tras un nubarrón; se oyen chapoteos en el agua, y las ranas, recobrando su forma vital, saltan a tierra, y, rodeando a la encantadora, entonan un extraño canto:

«¡Bienvenida seas, reina de la noche y de la hermosura!»

«Tu imperio en breve desaparecerá al mostrar la Aurora sus rojos velos.»

«Hundirás hoy tu pálido rostro en el mar.»

«Y aparecerás mañana mil veces más hermosa.»

«Para presidir con tu séquito de mariposas blancas.»

«Las fiestas de los seres invisibles pobladores de la noche.»

Dentro de breves instantes amanecerá y el encanto quedará deshecho. Abandona la damita a las ranas, que recobran su antigua figura, y precipitadamente toma el paseo que tiene delante. ¡Ay! que va fatigada; sus altos tacones dorados, apenas tocan la tierra que besan las ondas de seda de su traje; su corpiño rosa, bordado de oro, se levanta a impulsos de los latidos de su corazón. Llega a una segunda plazoleta, donde hay una fuente con muchas figuras; pero aquella noche falta una, y esa, es la de la propia Diana, que da nombre a la fuente.

A la vista de la damita las ninfas de bronce que juguetean dentro del agua con fantásticos animales, se yerguen y saltando a la tierra dicen con voz dulce y melodiosa:

«Hermana y reina nuestra, ¡ven!»

«No abandones tu reino misterioso e ignoto por el deleznable de los mortales.»

«Un capricho te hizo vivir unas horas fuera de la naturaleza divina.»

«Vuelve otra vez entre nosotras para vivir eternamente la vida inmaterial bajo insensible cubierta de bronce.»

. . . .

El primer rayo de sol que se reflejó en la Fuente de Diana iluminó con un destello de oro las broncíneas figuras. Estaban completas.



El más allá de la materia...

En actitud hierática, con las manos apoyadas en las rodillas y hollando la pintada piel de una pantera, Lenia, la famosa cortesana, célebre cual ninguna en Emérita Augusta, desde que Cayo Drusilo la tomara de modelo para su soberbia estatua de Diana, miraba caer lentamente las gotas de agua de una clepsidra. La luz, velada por suavísimas sedas celestes, se tamizaba en ondas de azulado color; sobre una mesa de lapislázuli, colocada en etrusco vaso, se marchitaba una flor de suavísima fragancia, y en el suelo, cubierto de fino mosaico que representaba la visita del Cisne a Leda, estaban esparcidos verdes tallos de plantas olorosas.

Lenia cubría su cuerpo con una túnica blanca franjeada de plata, sujeta en los hombros con fíbulas rematadas por gruesas esmeraldas; sus pies estaban calzados con finas sandalias de piel curtida en Pérgamo, que se sujetaban a las piernas con estrechos cordoncillos también de plata. Si en vez del asiento sin respaldar, en que se hallaba, apareciera sobre una concha o un monstruo marino, creyérasela Anfítrite, pudorosamente cubierta

por un capricho del escultor; pero, una mirada detenida, un minucioso examen, descubrían en aquellas hermosísimas facciones, algo de brutal e instintivo, que no habían logrado borrar ni el trato con los filósofos, ni la comunicación con los artistas, que merced al apogeo que alcanzara Emérita, y al intercambio que entre esta ciudad, emporio de la España ulterior y Roma existía, habían venido a establecerse en ella.

Radisia, la esclava nubia, cubierta apenas con una tela de vivísimos colores, entró en la cámara, y, arrodillándose ante su señora, le anunció que Cayo Drusilo quería verla.

Cayo Drusilo no era hermoso; su cuerpo era quizás demasiado débil; pero en sus ojos brillaba ese destello divino que hace a los hombres inmortales: *el genio*.

De rodillas ante Lenia, prodigaba a la hermosa mujer sus palabras más apasionadas, que apenas le hacían sonreir, y trataba, en vano, de hacer vibrar su espíritu con el relato de sus triunfos.

Además de la estatua de Diana, para la cual ella le sirviera de modelo, y que ya estaba colocada en el templo dedicado a la diosa de este nombre, tenía encargo de esculpir la de Agripa que coronaría el teatro y la del famoso gladiador Nordes, diez veces vencedor en el Circo Máximo. A este nombre Lenia enrojeció ligeramente, pero siguió escuchando a Drusilo, mirando indiferente pasar las gotas de agua de la clepsidra.

Cayo Drusilo no consiguió aquella tarde desarrugar el ceño de la hermosa, y, triste, en medio de su gloria, marchó al palacio del Pretor para estipular el precio y tamaño de la estatua de Agripa.

Radisia entró segunda vez; pero antes de que llegara a arrodillarse, cayó de bruces cerca de su señora, brutalmente impulsada por el gladiador Nordes. El tracio era de colosal estatura; sus músculos de acero,

parecían forjados en la fragua de Vulcano y sus facciones, hermosamente fieras, tenían un sello de vulgaridad bestial.

Lenia, estremecida ante la presencia del coloso, abandonó su actitud hierática y se dirigió hacia él con los brazos abiertos; pero Nordes la separó bruscamente, y, ocupando el asiento que ella abandonara, señaló con gesto desdeñoso la piel de pantera. Lenia ahogó un rugido y quiso rebelarse; pero una mano de Nordes se apoyó en su hombro y la hizo doblegarse como el vendaval a una caña.

En aquellos momentos, Cayo Drusilo en su oficina elegía cuidadosamente el mármol para la estatua de Agripa y pensaba con amor en Lenia, aquella mujer, cuyo espíritu, de la más grosera vulgaridad, no era capaz de descubrir en el ser humano *el más allá de la materia...*

De viejas crónicas.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...

NADIE sintió el dolor ajeno, nadie se condolió de las humanas miserias, con la dulce delicadeza de la hija del Conde de Valdealar, la hermosa Colomba, llamada *la Buena*, por los vasallos de su padre; vasallos que la amaban y respetaban con un amor semejante a la veneración.

Mientras su padre, el turbulento y valeroso señor de Valdealar, dirigía sus aguerridas huestes contra los enemigos de la fe, o tomaba una parte muy activa en las revueltas y asonadas de la corte castellana; ella, la buena Condesa, repartía consuelos y socorros a las familias de sus siervos, y hacía cuanto de su parte estaba, para aliviar su triste situación.

Sola, sin séquito, ni acompañamiento alguno, recorría Colomba las humildes viviendas de los pobres pecheros, dejando en ellas su dádiva generosa y sus dulces consuelos; y era tal su pesar de no poder remediar cuantas miserias encontraba a su paso, que, a veces, postrada de hinojos ante el severo crucifijo, que bajo un baldaquino de rojo brocado, tenía cabe su lecho,

oraba y lloraba por las miserias de los demás, y su dulce y suave condición, se revelaba interiormente, sintiendo la impotencia de su ser limitado y la pequeñez de su voluntad ante la magnitud del dolor.

Acostumbraba Colomba a extremar su caridad y compasión con los peregrinos, que con mucha frecuencia llegaban a demandar hospitalidad al castillo de Valdealar, pues por encontrarse esta mansión próxima a la gran vía compostelana, era lugar muy frecuentado por los viajeros, que solicitaban del castellano alimento y albergue.

Todas las noches bajaba la Condesa a la gran cocina del castillo, en cuya enorme chimenea se quemaban árboles enteros, y allí, en el nimbo proyectado por la rojiza llama, buscaban sus dulces ojos al viajero que llegaba de tierras lejanas, vestido con burdo sayal floreado de conchas, hambriento y cansado; dejando, tal vez, poder y familia para cumplir un voto que hiciera en momento de gran dolor o amenazado de un peligro eminente. Casi siempre eran los peregrinos gentes venidas de alejados países; el amor, el odio, la ambición o la fe, las causas de su penitencia, y Colomba escuchaba con piadoso recogimiento aquellas largas historias verídicas o falsas, pero llenas con frecuencia, de grandes hechos y fantásticas aventuras, de las cuales era el protagonista su narrador, ocultando siempre su nombre y jerarquía. Colomba lloraba los infortunios del peregrino, le agasajaba como a un rey, y luego... más tarde... cuando se retiraba a su cámara, arrodillada ante la imagen de Jesucristo, confundidos en su mente los misterios de nuestra santa Religión y las historias oídas al viajero, sentía algo extraño e inexplicable, no pudiendo amalgamar la idea del bien y del mal, de lo sublime y lo bajo, del sacrificio del Calvario y de la perversidad humana: al fin esta serie de pensamientos tumultuosos desapare-

cía; sus ojos, llenos de lágrimas, se fijaban en la imagen divina del Redentor, y sus dedos blancos como la piel de un cisne pasaban suavemente las miniadas hojas de un libro de Horas...

Un día bajó Colomba, según su costumbre a la cocina del castillo; sentados, cabe al fuego, en el espacio iluminado por la rojiza llama, vió dos hombres; sus trajes eran iguales, mas su condición debía ser distinta. Uno de ellos tenía aire de señor, el otro parecía siervo. Fijóse la Condesa en las blancas manos del peregrino y comprendió su hidalga procedencia, aunque no eran solamente las manos las que delataban su noble jerarquía; el continente altivo, el rostro marfileño, y los ojos audaces, descubrían a la persona acostumbrada a mandar y no a obedecer, si bien una cabellera de oro que caía en suaves ondulaciones casi hasta tocar los hombros, enmarcando el rostro, quitaba a éste la dureza que le comunicaban las un tanto pronunciadas facciones.

Después de los saludos del ritual, Colomba acogió al viajero con la hospitalidad de siempre; pero aquella noche la velada se prolongó más de lo acostumbrado. Acaso la historia de aquel peregrino despertó más interés en la Condesa, y el recuerdo de lo referido tal vez causó en ella mayor impresión. El alba avivaba con su suave luz los policromados vidrios de la estancia de Colomba, y ésta, sentada en un rojo sitial de tallado respaldar de cedro, pasaba lenta, distraída y suavemente las transparentes cuentas de un rosario de ámbar. En el alféizar de la ventana cantaba una alondra...

Pasaron días y meses. El peregrino cuya historia desveló a Colomba, volvió al castillo, no vestido de tosco sayal, sino luciendo bruñida cota, ostentando en la cimera de su casco ondeantes plumas y acompañado de lucido séquito. El Conde había salido, pocas lunas hacía, para tierras de infieles y Colomba recibió al ca-

ballero como antes recibiera al peregrino y Don Nuño Sánchez de Meneses debió decir tales cosas a la Condesa, que el alba la encontró despierta, pasando suave, lenta y silenciosamente las cuentas de su rosario. En la Torre del Homenaje graznaba un cuervo...

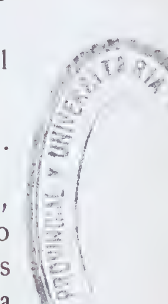
Pasaron los días, los meses y los años, hasta llegar a dos; don Nuño Sánchez de Meneses no volvió a aparecer por el castillo del Conde de Valdealar; la bella Colomba empalidecía sin que nadie supiera la causa, y sus hermosos ojos estaban enrojecidos por el llanto. En vano pasaba las noches arrodillada ante el Crucifijo que, como salvaguardia de su fe tenía cabe su lecho; en vano iba en peregrinación un día y otro al santuario de Valdehondo y, postrada ante la Virgen Santísima, pedía algo que remediara su mal; a veces Dios, en sus altos designios, determina que el sufrimiento no cese y el entendimiento humano, limitado cuando a lo ilimitado se refiere, duda, porque no abarca más allá de lo que a lo terreno es dado alcanzar.

Una noche bajó Colomba a la cocina del castillo, no ya guiada como en otro tiempo de una dulce y suave caridad, sino impulsada por esa otra virtud consoladora que hace llevaderas las más terribles desgracias, la esperanza. Buscó con ávidos ojos algo que no pudo hallar; pero en cambio vió cerca de la chimenea un hombre que llamó extraordinariamente su atención. Era viejo, muy viejo; su luenga barba semejaba albo copo de lino; sus ojos negros brillaban con luz fosforescente; la nariz aguileña casi tocaba la boca, que tenía un gesto entre bondadoso e irónico y llevaba un negro ropaje que tanto pudiera ser sayal de peregrino como túnica de nigromante. La Condesa no rompió la tradición y el viajero cenó en su compañía en el antiguo comedor del castillo. El canto del gallo anunció la media noche cuando la Condesa se retiraba a su cámara.

Las rosadas tintas de la aurora bañaban con una luz suavísima la habitación de Colomba, que pálida, desencajada, con los ojos brillantes circundados de sombras obscuras, apretaba entre sus manos señoriles de afilados dedos, un pequeño frasco con esmaltes bizantinos, y de su mente no se borraban las palabras del viajero que sonaban una y otra vez en su oído con un dejo inexplicable de amargura que la hacía extremecer: «Yo fuí poderoso, yo fuí joven, yo fuí amado; pero todo es falaz, todo es mentira; creí cierto lo que era quimera y sacrifiqué todo a quien no lo merecía; después, presa del desengaño, vagué errante, busqué el olvido y persistió en mí el recuerdo; pero la ciencia vino en mi ayuda y el entendimiento venció al dolor. Toma ese frasco, bebe una a una las veinte gotas que contiene y tu corazón se secará; el sufrimiento será para ti un mito y recuperarás la calma perdida.»

La desgraciada Condesa no vaciló más y apuró el contenido del frasquito.

. . . .



Y cuenta una vieja crónica que de allí en adelante, ya no llamaron a Colomba la Buena Condesa, que ya no sentía los pesares de sus vasallos ni se condolía de sus penas. Casó con un poderoso señor que su padre la destinara para esposo, sin demostrar contento ni pesar, sin gozar y sin sufrir, indiferente a cuanto la rodeaba. Y esa misma crónica añade que, cuando montada en soberbio corcel y llevando en su enguantada diestra el encaperuzado halcón, pasaba ante las pobres viviendas de sus vasallos, las buenas mujerucas de la aldea decían a sus hijos: «Mirad nuestra Condesa, es muy desgraciada porque no tiene corazón, no sufre, pero tampoco goza; quiso rehusar el sufrimiento y eso fué contravenir la ley de Dios, porque El también sufrió por nosotros.

El dolor santifica, puesto que el Señor dijo: «Bienaventurados los que lloran.» Acatemos su voluntad.

El cronista añade en una nota, no sabemos si suya o recogida de la tradición, que el peregrino era Lucifer, y el elixir que bebió la Condesa, el *egoísmo.*

A través de los tiempos.

MEDITACION

LENTAS, pausadas, majestuosas, suenan dos campanadas en la iglesia de San Lorenzo, de Sevilla, y... solemne, pausado, majestuoso y sublime, aparece el Señor del Gran Poder, con todo el hondo dramatismo que Martínez Montañés supo comunicar a la imagen de Dios hecho hombre.

Largas filas de penitentes le preceden y le siguen; son negras figuras encapuchadas, con ceñidores de esparto; sus manos blancas y señoriles sostienen amarillos blandones; a través del negro capuz se ven brillar los ojos; un no sé qué de misterioso envuelve las obscuras siluetas, y algo sublime y ultraterreno nimba la efigie del Señor.

Casi al mismo tiempo sale de la iglesia de S. Miguel el Santísimo Cristo del Silencio; por su orden y compostura, por sus bellas imágenes y la riqueza que ostenta, semeja esta cofradía a la del Señor del Gran Poder.

Después de las anteriores aparece el Santísimo Cristo del Calvario, y aquí el dramatismo se ha convertido en tragicismo; el deicidio del Gólgota aparece con todo su horror. Una cruz de madera, pendiente de la cual

está Jesucristo agonizante; cuatro cirios amarillos comunican siniestra claridad al Dios crucificado, cuyos labios, cárdenos por la agonía, parecen suplicar al Eterno Padre perdón para sus verdugos... Ante esa imagen mis ojos se llenan siempre de lágrimas y mis labios musitan una oración...; me siento muy pequeña y veo empequeñecido todo cuanto me rodea... en mi mente surge la tragedia del Calvario y, desprendiéndose mi alma de los terrenos lazos, siente en lo íntimo una voz que dice: *Vanidad de vanidades y todo vanidad,* sino amar y servir solamente a Dios...

Ha pasado silencioso y lento el Cristo del Calvario; el ánimo sobrecogido de espanto y unción siente algo impalpable; un hálito de pena, que se infiltra lentamente en el espíritu y oprime el corazón.

De pronto se oye ruidosa trompetería y redoblar de tambores; el alma apenada se siente renacer, bulliciosa, alegre...; todo luz, ruido, movimiento... llega la cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza de la Macarena.

Esta cofradía tan atrayente, tan sugestiva, tan popular, tan devota y tan desordenada, con sus *armados,* empenachados de vistosas plumas en los lucientes cascos, forma un fuerte contraste con la que le precede; tal vez para significar que al dolor suele seguir la alegría, así como ésta antecede muchas veces a aquél. La imagen de la Virgen es bellísima y ostenta en los labios una amorosa y dulce sonrisa; el paso es magnífico y el verde manto que lleva la Reina de los Cielos, es el emblema de la esperanza del pecador en el corazón, todo amor y bondad, de María Santísima, que ha de interceder por él ante su Divino Hijo.

Y pasan otras cofradías, rivalizando todas en lujo y magnificencia, hasta que las suaves luces de la alborada esparcen una tenue claridad y amanece el nuevo día: ¡Viernes Santo!

II

Una tristeza indefinible flota en la campiña; algo invisible a los humanos ojos, parece que se extiende y ensombrece la naturaleza; esos mil ruidos que no se sabe de donde proceden y que tampoco se pueden definir, no se oyen; las hojas callan en los árboles, el viento no las mece y balancea haciéndolas chocar unas con otras... callan los insectos ocultos en los agujeros de la tierra... callan los pájaros... únicamente una tórtola lanza al viento tristísima queja... ¡Ha muerto Dios! ¡El Creador, el Hacedor Supremo, muere en el Calvario y la naturaleza entera guarda luto!

. . . .

Cerca de la hacienda hay una antigua ermita, que ha sido restaurada para que sirva de capilla a los piadosos señores, dueños actuales de la finca. La ermita, dependió del roquero castillo cuyas ruinas se ven sobre un cerro no lejano, y, ¡oh insondables arcanos de la Providencia! la humilde iglesia está en pie, y el soberbio castillo yace arruinado; por el suelo sus almenadas torres, derrumbadas sus soberbias cresterías, cegado su profundo foso, arrancado el rastrillo...

La ermita está dedicada a Nuestra Señora de la Luz, que ocupa el centro del retablo que hay sobre su único altar y es una bella imagen de talla que data del siglo XV; a la derecha tiene a Santa Eduvigis con hábitos monacales de áureo estofado y báculo abacial; a la izquierda a San Jorge, dando muerte al infernal dragón. La ermita es modesta, su estilo es ojival, pero un ojival primitivo, desprovisto de adornos.

¡Es Viernes Santo!, negros crespones cubren el retablo; sobre la mesa de piedra del altar vense esparcidos candeleros de plata, moradas flores y secas espigas. En

el presbiterio hay un paño negro sobre el cual y en un almohadón de terciopelo negro también, franjeado de oro, yace un crucifijo, obra de algún afamado escultor del siglo XVI; cuatro cirios amarillos con lazos de negro crespón, iluminan con pálida luz el hermoso rostro del Redentor...

Silentes, y un tanto tímidas, avanzan las mujeres; no llevan sus vistosas sayas, no lucen los collares de filigrana, el mantón de espuma, ni las agujas de plata en el cabello; van vestidas de negro y tocadas con negras mantillas; llegan al presbiterio y besan los pies al Crucificado. Después se adelantan los hombres; son los rudos habitantes de aquella región española que tanto figuró en la conquista de América; en sus ojos brilla la inteligencia y el arrojo; viven apegados a la tierra que los vió nacer, son figuras que desempeñan el papel que les está asignado en el gran teatro de la vida.

El capellán sube al púlpito; su oratoria no es florida, pero por su boca habla la verdad. Explica la Pasión del Señor y los circunstantes guardan tal silencio, que se oye el chisporrotear de los cirios.

Anochece; las gentes campesinas retíranse a sus hogares; la Iglesia queda casi desierta; las luces se apagan, excepto los cuatro blandones amarillos, que proyectando su siniestra luz con mayor intensidad, sobre la macilenta faz del Redentor, hace más dulce, más suave, más dolorida, la expresión amorosa de su divino rostro...



Del libro de la vida.

HORAS MAESTRAS

María Alfonsa, Isabel Francisca de Asís, Gómez del Ferreruelo y Fernández de Quemadas, Duquesa de Castrosol, Marquesa de Sierra Fresnera y Vizcondesa de Valsequillo, conocida en el mundo aristocrático bajo el nombre de Lilí Castrosol, estaba aquella noche de un humor pésimo. El caso no era para menos; Bull, el famoso Bull, su perro favorito, ganador de premios en todas las exposiciones caninas, envidia de sus amigas y desesperación de sus adoradores, estaba indispuesto desde la víspera, y este era motivo más que suficiente, para que Lilí Castrosol demostrase aquella noche todo el rebelde despotismo de su no contrariado carácter. Empezó por negarse a ir con sus padres al Real, pretextando un ligero dolor de cabeza, y no bien el ruido del automóvil ducal dejó de percibirse, sentándose ante un elegantísimo escritorio Luis XVI, trazó en una perfumada cartulina los siguientes renglones.

«Doctor Eduardo Jiménez de la Pedraza.

Admirado doctor: Si quiere que toda mi vida le sea deudora de un importantísimo favor, venga a casa esta

misma noche y entre por la puerta del jardín, en la que estará esperando Felipe. Mil gracias de su reconocidísima Lilí.»

Jiménez de la Pedraza era uno de los médicos más en boga a la sazón; joven, de gran cultura y extraordinario talento, consiguió en pocos años sobresalir entre las eminencias médicas que debían su fama a largos años de no interrumpidos estudios.

Preparándose estaba el doctor para ir al Real, donde el eminente divo Tito Schipa, cantaba aquella noche la ópera «Tosca», cuando recibió la misiva, que a toda prisa y por uno de sus criados le mandaba la de Castrosol. No acertaba a explicarse el raro capricho de la Duquesita que le llamaba a aquella hora de tan extraña manera; pero sin vacilar un momento siguió al emisario de Lilí.

Envuelta en una bata blanca, con el rubio cabello anudado en la nuca y brillantes de impaciencia y temor los azules ojos, esperaba la de Castrosol respuesta a su carta. Por fin llegó el doctor y Lilí presurosa salió a su encuentro tendiéndole ambas manos al mismo tiempo que le decía turbada y ruborosa: Perdonad, doctor, mi atrevimiento... no os enfadéis... le quiero tanto... tengo tanta confianza en vuestra ciencia...

No acertaba Jiménez de la Pedraza a comprender de lo que se trataba; pero Lilí empujando una puertecita de cristales de colores entró, seguida del médico, en una pequeña y elegante habitación. Sobre cojines de raso en los que campeaba la ducal corona y arropado con mantas de seda primorosamente entrecaladas estaba el perro favorito, asomando su diminuta y lanuda cabeza.

Jiménez de la Pedraza frunció ligeramente el ceño a la vista del regalado animalucho, y, tal vez, iba a contestar algo desagradable a la interrogadora mirada de la

joven, cuando abriéndose la puerta, entró precipitadamente una mujer pálida y demacrada, vestida de riguroso luto que, arrojándose a los pies de Lilí, dijo entre sollozos: ¡Perdón, señorita Duquesa! ¡Señor doctor! mi hijo se muere.

Lilí permaneció un momento indecisa, pero el doctor, después de mirar un instante a la mujer, levantóla del suelo y dijo con acento breve y enérgico: ¡vamos!

Maquinal e inconscientemente Lilí siguió al doctor. En la antecámara, Elisa, una de las doncellas de la Duquesa, esperaba, pálida y temblorosa, el resultado de aquella escena, que acaso le costase perder el puesto que ocupaba, pues ella había sido, la que en un arranque de caridad, avisó a la desdichada madre la llegada del famoso médico.

Tomaron la escalera de la servidumbre y empezó una penosa ascensión que terminó cuando llegaron al sexto piso. En un estrecho pasillo en el que se veían unas cuantas puertas de las buhardillas destinadas a guardar muebles viejos, la mujer enlutada abrió una de ellas y penetró, seguida de sus acompañantes, en una habitación pobre y mezquina, baja de techo, y cuya única ventilación consistía en un pequeño tragaluz. Dos camitas, una mesa y una máquina componían lo más importante del mobiliario; en un rincón un hornillo portátil y en el centro de la habitación, en una camita improvisada con unas almohadas colocadas en dos sillas, estaba el niñito enfermo.

El doctor se aproximó al pequeño mirándolo fijamente unos instantes; después llamó aparte a Lilí, diciéndola con dulzura.

Señorita, este niño está atacado de difteria, y como puede haber contagio os lo advierto para que os retiréis; pero os suplico me dejéis a uno de vuestros criados, pues he de necesitar quien me ayude.

Vaciló un momento la Duquesita, pero rehaciéndose, al instante contestó:

Doctor, podéis disponer de Felipe y Juan para lo que necesitéis; en cuanto a mí, no abandonaré esta familia por ahora; y volviéndose a los criados que tras de ella subieron, dió órdenes a unos para que obedeciesen al doctor, mandando a sus doncellas que trajeran ropas, luces y cuanto hiciera falta en la miserable buhardilla.

Jiménez de la Pedraza salió precipitadamente para tomar el automóvil que dejara en una calle próxima, pues tenía que traer de su casa algunos instrumentos, y entregó a Felipe una nota y varias recetas de los medicamentos que necesitaba.

Mientras volvía el doctor, la desgraciada madre contó a la señorita sus penas. Hacía dos meses que había perdido a su marido, quedando con cinco hijos, el menor de los cuales era el enfermo; la caridad del dueño de la casa a quien su marido sirvió algunos años, le daba aquella habitación; sus hijos mayores tenían diez y doce años y estaban de aprendices en una carpintería, donde solamente ganaban dos reales cada uno; la otra niña cosía y aún no le daban nada; ella también trabajaba en ropas de contrata, pero entre todos no ganaban para vivir... algunas noches... pedía limosna.

Lilí escuchaba atónita; jamás hubiera sospechado que existiesen seres tan desgraciados; ella, cuyo menor capricho se veía satisfecho al instante.

El ruido, las luces, el movimiento inusitado que aquella noche había en la miserable vivienda, despertaron a los muchachos; los dos mayores que ocupaban una cama, abrieron los ojos con extrañeza; pero avergonzados y tímidos volvieron a cerrarlos haciéndose los dormidos; la otra cama estaba ocupada por las dos niñas, la mayor de las cuales, al darse cuenta de lo que ocurría, dejóse caer suavemente del lado de la pared y

poniéndose un delantalillo y unas viejas alpargatas, se vino al lado de su madre, en tanto que la otra, pequeñita y alegre, saltó de la cama y con infantil curiosidad se acercó a Lilí, contemplándola llena de admiración y abriendo desmesuradamente sus obscuros ojos; luego fué otra vez hacia la cama y sacando de debajo de ella un cajoncito, buscó breves momentos en él, algo que por fin encontró; era uno de esos libros de cuentos que dan a los niños de premio en la escuela. Sentóse la pequeñina en el suelo y mojando los deditos en la boca, pasó y repasó las hojas hasta encontrar lo que buscaba; era una lámina que representaba un jardín lleno de flores raramente caprichosas, entre las cuales se veía una delicada figura blanca con alas de mariposa; debajo de la lámina se leía: «El jardín del Hada de la Noche». Cogió la niñita el libro y aproximándose a Lilí, dijo con su lengüecilla un poco torpe, señalando la blanca figura:

¡Tú! *¿verdá?* ¡tú!

Sonrióse la joven y tomando a la niña en sus brazos cubrióla de besos el gracioso y diminuto rostro.

. . . .

Amanecía; una claridad blanquecina penetraba por la ventanilla, empalideciendo la luz de las bujías que ardían en dos candelabros de plata, colocados sobre la miserable mesilla. El doctor inclinado sobre el enfermito, observaba con atención; más lejos Lilí, sentada en una silla baja, tenía en sus brazos a la pequeñita dormida; la madre dirigía angustiadas miradas al médico, queriendo leer en su pensamiento; la niña mayor, rendida de cansancio, había reclinado su cabecita en la cama y dormía tranquilamente; sus hermanos también dormían o aparentaban dormir y los criados que subieron a acompañar a la Duquesa, sentados cerca de la puerta de entrada, hacían grandes esfuerzos para sostenerse en las sillas y permanecer con los ojos abiertos.

De pronto el enfermito hizo un ligero movimiento, abrió los ojos y alargando los bracitos rompió en llanto. El doctor irguióse y desarrugando el ceño, dijo a la madre con voz ligeramente emocionada:

¡Señora! su hijo se ha salvado.

La pobre madre al oir estas palabras se levantó pálida y trastornada, sus piernas temblaron y cayó de rodillas ante el médico, besando sus manos que cubrió de lágrimas. Jiménez de la Pedraza intentó alzarla del suelo; pero en vano, y al acudir Lilí en su ayuda, la pobre mujer besó con transporte el borde del vestido de la joven; la Duquesa la obligó a levantarse y echándole los brazos al cuello, reclinó la cabeza en su hombro; cuando la alzó tenía los ojos llenos de lágrimas...

. . . .

En el elegante saloncito de Lilí, hallábanse ésta y el doctor. La joven, con voz suave y conmovida, decía a Jiménez de la Pedraza:

—Gracias, doctor; os debo mucho; esta noche y en una sola lección me habéis enseñado que la misión de una mujer a la que da Dios corazón y capital, debe ser algo más noble, más santo y más digno que cuidar y mimar animales de lujo, cuando hay seres desgraciados que se mueren faltos de lo más necesario.

—Yo también os debo mucho, señorita; ayer creía que las únicas cosas que podían satisfacer al hombre, eran la ciencia y la gloria; hoy conozco mi error; hay algo más noble que la ciencia y más grande que la gloria, fin de la aspiración humana y lo único que puede colmar los anhelos del corazón. En una sola lección lo he aprendido, pero este aprendizaje me ha costado perder la calma del espíritu; por eso mañana saldré de España a donde no regresaré hasta que haya recobrado esa calma que perdí; por lo tanto, señorita... ¡adiós!

—No, doctor, dijo la joven con la inflexión más

dulce de su voz; no os vayáis; no abandonéis a vuestra discípula después de la primera lección; mirad que el desaliento se apoderará de ella y la humanidad perderá el fruto que esta lección pudiera reportarle. ¡Adiós, no...! ¡hasta la vista!

Había tanta dulzura en la voz de Lilí, las miradas de sus ojos color de turquesa eran tan suplicantes, que el doctor, haciendo renunciación de su voluntad ante el ruego de la Duquesa, contestó con una mirada llena de amor y de respeto en la que se leía la plena concesión a la súplica que le dirigiera, mientras decía con voz emocionada;

—Pues bien... ¡adiós, no...! ¡hasta la vista!



Del libro de la vida.

LA RAIZ DEL BIEN

El choque de las más opuestas cualidades físicas y morales, había dado como resultante la personalidad de Alexia de Almenara y Owen. Hija de un aristócrata español y de una dama perteneciente o distinguida familia irlandesa, era Alexia la síntesis de dos razas bien diferentes. En la parte física, formaban extraño contraste, el perfil semita, de una pureza de líneas irreprochable, y los ojos, de un azul intenso, obscuro y aterciopelado, que brillaban ensombrecidos por negras pestañas, y, en cuanto a la parte espiritual era, tal vez, más compleja aún, debido esto quizás, a las dos educaciones que recibiera, completamente distintas una de otra.

Perdió Alexia a su madre cuando apenas contaba un año, y en cuanto cumplió cuatro, fué llevada a un colegio de religiosas, donde permaneció hasta los quince, época en que murió su padre y fué a vivir en compañía del hermano mayor de éste, hombre inmensamente rico, soltero y apasionado sectario de la filosofía estoica. Cuando el general García de Almenara vió en su casa a

su bella sobrina la acogió cariñosamente, pero haciéndole comprender, desde el primer momento, que la dejaba en libertad absoluta para hacer la vida que más la placiese, dentro de la que su posición social exigía; pues él no pensaba variar en lo más mínimo sus costumbres.

Encontróse Alexia en casa de su tío sola, como nunca se había encontrado; echó de menos el colegio, las buenas religiosas sus maestras, sus jóvenes compañeras y la vida de tranquilidad e inocencia que hasta entonces disfrutara, y sintió un vacío muy grande en su corazón...

Pasaron los días y la tímida colegiala fué perdiendo poco a poco la cortedad que sintiera al encontrarse en la casa de su tío, y haciendo uso del permiso que éste le diera, empezó a formarse un plan de vida adecuado a sus gustos y aficiones.

El general García de Almenara poseía una magnífica biblioteca; su pasión favorita era la lectura y había conseguido reunir ejemplares raros y costosos, que enseñaba con orgullo a sus amigos. Esta biblioteca fué el lugar favorito de Alexia, que buscó en los libros algo que llenase el vacío que sentía su alma. En un principio, teniendo muy presentes los consejos que las buenas religiosas sus maestras le dieran, se fijaba mucho en libros y autores, pero... ¿para qué?; ella no conocía ni aquellos títulos, ni aquellos nombres; no sabía si eran buenos o malos, y... los leía, y cada libro era para ella la varita mágica de un nigromante, que iba mostrándole los arcanos de un mundo desconocido, cuya existencia hasta entonces no sospechara.

Pasaron algunos años, y no hubo muchacha de la buena sociedad madrileña que despertara mayor curiosidad y fuera más discutida que Alexia García de Almenara; esto en su parte espiritual, pues su belleza nadie la puso en duda. Pasaba para, la mayoría de las gentes,

como una mujer original y caprichosa, confirmando más esta idea el haber rechazado algunos brillantes partidos matrimoniales, jóvenes elegantes, distinguidos, ganadores de copas en el tiro de pichón, infatigables bailarines, diestros jugadores de polo y tennis... No obstante todas las habilidades que quedan enumeradas y que adornaban a los pretendientes, éstos recibieron una fina repulsa de Alexia, que no supo apreciar su valor.

Un día al entrar Alexia en el comedor, quedó sorprendida al notar una animación desusada en el impasible rostro del general; éste, para evitar explicaciones, alargó a su sobrina una carta que tenía en la mano y que ella se apresuró a leer. Era el que escribía D. Francisco Jiménez del Rebollar, rico propietario andaluz, amigo de la infancia del general, que sentía por él uno de esos cariños intensos, propios de las personas frías en apariencia y de las que se suele decir, que *cuando quieren, quieren de veras*. La carta estaba concebida en los términos siguientes:

Querido Manolo: Ya vamos siendo viejos y no hay razón alguna para que dejemos pasar los años sin vernos; han transcurrido seis desde nuestra última entrevista, aunque en esto la culpa principal es tuya, que no teniendo obligaciones no quieres salir de Madrid, aunque sea por pocos días. Yo, a medida que envejezco me siento más apegado al terruño; me parece que mi cuerpo va echando raíces como mis olivos y naranjos y ¡se necesita mucho esfuerzo para arrancar lo arraigado! Además este laberinto de mayorales, pastores, guardas y jornaleros, no se puede dejar fácilmente de la mano, y como estoy solo, no me es posible abandonar estos modestos y bíblicos cuidados; pero como tengo grandes deseos de verte, espero que vengas lo antes posible, y tráete a tu sobrina que supongo seguirá tan guapa; pasaréis una temporada en esta hermosísima sierra cordobesa, pro-

porcionando a tu viejo amigo una honda satisfacción.

Se me olvidaba decirte, que Pepe vendrá uno de estos días; ya sabes que está agregado a nuestra embajada en París, pero anda delicadillo y viene con permiso para hacer vida de campo. Te abraza tu siempre amigo, Paco.

. . . .

Desde el momento que se vieron Alexia García de Almenara y Pepe Jiménez del Rebollar, comprendieron que no habían nacido para entenderse. Venía el joven Rebollar de París, y de muy mala gana por cierto; recomendáronle los médicos que hiciera vida de campo y su padre juzgó lo más prudente que viniese a su lado, considerando más provechosa para su salud una temporada en la hermosa y agreste sierra de Córdoba, que en Cannes, Niza, o cualquier otro punto de la costa Azul, según era el parecer del hijo.

A los pocos días de llegar Paco Rebollar a «Las Cruces», que este era el nombre de la finca, llamóle su padre y tuvo con él una larga conversación. D. Paco, con su franqueza característica, le expuso sus grandes deseos de que se casara con Alexia, haciéndole ver los méritos de ésta y las ventajas que de aquel matrimonio resultarían para él. Pero acostumbrada la retina del joven diplomático a las bellas *parisinas*, que con tan gracioso desenfado recorren los boulevares, con paso ligero y graciosísimo, o se exhiben en lujosos trenes en las carreras y en los Campos Elíseos, reinas de modas deliciosamente extravagantes, figuras estilizadas con caras de mujer y formas de niña, que se mueven, ríen y lloran rítmicamente, sujetas siempre al impulso de ese mágico resorte que se llama *moda*, no comprendió la hermosura de Alexia, la pureza de sus líneas, las suaves morbideces de su cuerpo, el encanto que de ella emanaba al

fundirse en su personalidad la belleza de una diosa griega y la serenidad de una virgen cristiana.

Meditó Pepe detenidamente lo que su padre le hablara, y considerando que Alexia era muy hermosa, que poseía un considerable caudal, y que una vez que las hábiles manos de los modistos *parisiennes* se encargaran de sus *toilettes*, sería un adorno bellísimo en los salones de cualquier Embajada, se decidió a dar nuevo rumbo a sus ideales.

Acostumbraba Alexia a dar largos paseos por el campo; el encanto de aquellas soledades llenaba su corazón de un sentimiento indefinible de bienestar, de arrobamiento y de admiración.

Aquella tarde salió como de costumbre; pero no llevaba el soberbio danés que la servía de compañero y defensa de sus excursiones, puesto que Pepe Rebollar mostró decidido empeño en acompañarla.

Llamaban el «Baño de doña Sol», a una laguna de forma circular, que como espejo de bruñida plata, aparecía a flor de tierra en una verde planicie. La tarde declinaba; el sol, envuelto en nubes sangrientas, comunicaba tintas rojizas a los objetos; Alexia, sentada en el suelo cerca de la laguna, escuchaba distraídamente las descripciones que Rebollar le hacía de la vida *parisienne* y de las fiestas de la Embajada; sentía aquella tarde ese malestar inexplicable, esa tensión nerviosa y ese desasosiego que a veces son precursores de acontecimientos que cambian radicalmente el curso de nuestra vida.

De pronto, la calma absoluta que reinaba en la explanada se vió interrumpida por algo semejante al trotar de un caballo y unos instantes después, abriéndose los jarales que rodeaban la llanada apareció la soberbia y y bien astada cabeza de un toro.

Alexia ahogó un grito y quiso levantarse; pero sus piernas flaquearon, y loca de terror cayó de rodillas. El

toro se detuvo un momento indeciso; pero solicitada su atención por el movimiento de la joven, arrancó en la dirección en que ésta se encontraba; mas antes de llegar al sitio en que la de Almenara yacía paralizada por el miedo, surgió de entre unos cercanos matorrales un hombre, que con un arrojo y una valentía cercanos a la temeridad, corrió a interponerse entre el cuerpo de Alexia y la cabeza del toro, sin otra defensa que la de sus valientes y robustos brazos. El hombre y la fiera rodaron por el suelo, y Alexia dando un grito cayó desmayada.

. . . .

Al volver en sí Alexia se halló tendida en el suelo; a su lado, de rodillas y dirigiéndole miradas cuyo brillo procuraban en vano amortiguar las largas pestañas que velaban sus ojos, había un hombre moreno, de facciones pronunciadas; su rostro, mejor que la Historia, atestiguaba la larga permanencia de los árabes en el suelo español; su camisa estaba ensangrentada y por los girones de ella se veían músculos de acero y formas hermosamente varoniles; llevaba el traje de los campesinos andaluces; y en aquella posición, arrodillado ante Alexia y dirigiéndole miradas llenas de respetuosa admiración, recordaba aquellos tiempos llenos de romanticismo pasional, en que el valor y el arrojo, la caballerosidad y el amor, trastornaban el orden social y borraba las fronteras que separaban las clases sociales.

Al día siguiente Alexia se encontraba en la habitación baja del cortijo, que ocupaba desde su llegada a la finca, y se paseaba intranquila como esperando alguien. Una criada entró diciendo a la señorita, que Rafael Millares, el guarda mayor de «Las Cruces», había llegado; Alexia hizo señas de que entrase.

La airosa silueta de Rafael dibujóse con la firmeza

de un agua fuerte en el vano de la puerta y Alexia con voz conmovida y alargándole la mano dijo:

Rafael, os debo la vida, y la vida no se paga más que con el agradecimiento. Sé que sin el poder de vuestros brazos y la pronta llegada de los cabestros a recoger el toro desbandado, éste, hubiera dado fin a vuestra vida que expusisteis por la mía sin conocerme. Mi agradecimiento será eterno; Rafael, siempre que me necesitéis, buscadme. Y ahora, añadió, como supongo que tendréis madre, hermana o novia, os pido un favor, quiero que le ofrezcáis en mi nombre este pequeño recuerdo; y al decir esto, alargó al joven una carterita de piel de Rusia, que ostentaba el nombre de Alexia en letras de oro.

Rafael Millares cogió la cartera dando las gracias y abriendo el brochecillo sacó, uno a uno, cinco billetes de mil pesetas, que arrojó sobre la mesa, diciendo con altivez: Señora, la vida se da o se regala, pero no se vende; es de Dios que nos la dió y a El le toca recogerla; a veces se arriesga en un momento necesario, como me sucedió a mí ayer; sin conoceros la expuse una vez, por el deber que tiene todo hombre de amparar y defender a una mujer; hoy que os conozco la daría mil veces, sin otra recompensa, que la satisfacción de haberla dado por vos.

Alexia, con un movimiento rápido, arrancó de su cuello una fina cadenilla, de la que pendía una medallita oculta en su pecho.

Tomad, Rafael, le dijo; esta medallita me la puso mi padre al cuello el día de mi primera Comunión y desde entonces no se ha separado de mí.

De mí no se separará ni aun después de muerto, señora, contestó Rafael, llevando a sus labios la mano que le tendiera Alexia.

Algunos momentos después, la joven miraba ansiosamente a través de la persiana. Rafael Millares desató

el negro potro que dejara a la puerta del cortijo, y después de echar una mirada indefinible al caserío, montando, sin tocar los estribos, hundió las espuelas en los hijares del animal, desapareciendo en un galopar vertiginoso.

Alexia, anonadada y ocultando la frente entre sus manos, murmuró con voz ahogada por los sollozos: ¡Dios mío! si hicisteis a todos los hombres iguales, ¿por qué ellos han levantado entre sí barreras infranqueables? Después añadió con un dejo de amargura: ¡Y por qué las buenas religiosas que me educaron, sembraron con tanto amor y tan buena voluntad la semilla del bien en mi alma, que la raíz nace en el corazón y para arrancarla, sería preciso arrancar éste también...!

. . . .

Algunos días después, comentábase en uno de los tés del Hotel Ritz, la última extravagancia de Alexia. En una mesa encontrábase la hermosa Lalá Echevarría, mujer de un capitalista bilbaíno y su primita la linda Nené Gueraun, hija de un conocido banquero. Luis del Juncal y Teófilo Maqueda, les referían, cómo Alexia, sugestionada por los triunfos de Joselito y Belmonte, se había empeñado que su prometido Pepe del Rebollar, torease en campo raso, uno de los toros de su ganadería; la negativa del joven había sido causa de la terminación de las relaciones.

Preséntanos a Rebollar, dijo la rubia y lánguida Nené a Juncal; me han dicho que está en Madrid.

Sí, querida, mañana te le presentaré en la Castellana, y el domingo iréis a casa a tomar el té, dijo Lalá, que deseaba ayudar a su primita, siempre que se presentaba ocasión.

Pocas horas después, decía Nené a su doncella mientras la desnudaba: Kelty, mañana me llama V. temprano, a las diez, que el baño no esté muy caliente; la

colonia que sea Royal, pues la última que me trajeron apenas si tenía perfume; que me sirvan el desayuno a las once: diga a Felipe que prepare el *landaulet* para las doce y a Fraulein que tiene que acompañarme a casa de Mr. Noirtier el modisto. Luego añadió como hablando consigo misma: «La *toilette* para el té es necesario que se termine antes del domingo.»

Y una vez acostada, mientras Kelty extendía sobre el lecho el suave edredón de plumas, la linda Nené envolvía, con extremecimientos de gatita mimada, su encantador cuerpo entre finísimas holandas y decía, con un mohín de disgusto, hundiendo su bella y hueca cabecita en las blancas y suavísimas almohadas: ¡Dios mío, cómo me amargan la vida los modistos!



Del libro de la vida.

ALMA DE MUÑECA

En los sitios que habitamos existe siempre algún rinconcillo ignorado, que es nuestro lugar favorito. Cuando yo era niña, mi lugar favorito lleno de encantos, siempre nuevos, era el desván de nuestra antigua casa solariega. Un desván grande, muy grande, con amplias salas y departamentos más pequeños llenos de semioscuridad, en que estaban almacenados cofres, viejos armarios, antiguos lienzos, muebles en desuso, todo lo que constituye ese mundo de cosas inútiles, que da lástima tirar por haber pertenecido a seres queridos y que se van amontonando en los desvanes, donde permanecen luengos años cubiertos de polvo y sirviendo, a veces, de cómoda vivienda a ratones y arañas.

A fuerza de hacer visitas al desván ya había escudriñado todos sus rincones; conocía al dedillo la historia de Belisario y la de Pablo y Virginia, representadas en unos grabados en acero bastante deteriorados; me había probado algunas veces un deslucido dominó de seda celeste; me sentaba en todas las sillas y sillones desvencijados; me extasiaba ante dos o tres lienzos que

representaban asuntos religiosos y que yo encontraba entonces muy bonitos, y colocaba sobre una mesa barroca de dorados pies, acericos y cestillos llenos de flores descoloridas de tela, que olían a una legua a primores de monja.

Pero lo que excitaba grandemente mi curiosidad eran los viejos cofres, reforzados unos de labrado cuero, enchapados otros con finas láminas de metal y algunos recubiertos de recias pieles de cabra y caballo, conservando aún el áspero pelambre y ostentando iniciales y escudos formados con menudos clavillos dorados.

Estos cofres nunca solían estar abiertos, y yo, con esa firmeza de voluntad que desde niña he tenido, acechaba, día tras día, la feliz casualidad que me descubriera los arcanos tan fuertemente guardados. Y esa casualidad llegó, y un día vi el cofre más interesante para mí; el que más despertaba mi curiosidad, con la llave puesta. Era un baúl antiguo, forrado de cuero labrado, ostentando geométricas figuras; en la cubierta tenía un escudo de armas, hecho con dorados clavillos, y a derecha e izquierda las letras A. L.

Tal fué mi impresión al ver tan cercano el logro de mis deseos, que durante algunos momentos permanecí en la indecisión que debe apoderarse de la persona próxima a conseguir lo que deseó largo tiempo; pero la curiosidad venció y levanté con ambas manos la pesada tapa.

Blondas deslucidas, sedas ajadas, unos chapines de terciopelo rosa, unas medias de seda blanca, una pulsera con la miniatura de una dama muy linda con un peinado muy alto y... a punto estuve de dar un grito ¡una muñeca! La más preciosa muñeca que yo había o me parecía haber visto. Era muy antigua; su traje de Mussete era de tafetán verde Nilo; una diminuta capotita del mismo color forrada de tafetán rosa, se sujetaba debajo

de la barbilla con dos cintitas verdes, y un chal o banda de tul verde bordado en rosa, cubría sus hombros; finos bucles de oro se escapaban de la capotita que enmarcaba un rostro precioso de porcelana finísima, semejante al de las delicadas figulinas de la fábrica del Retiro, hermoseado por dos ojos muy azules y una boquita roja, mitad desdeñosa, mitad satisfecha.

—¡Ten mucho cuidado no la vayas a romper! era de mi abuelita y no quiero que se estropee; dijo la suave voz de tía Luisa, que había llegado hasta mí, sin que yo, en mi éxtasis, la sintiera

—Y tu abuelita ¿dónde está, tía? le dije.

—En el cielo, hija mía, me respondió.

—¿Y cómo no se ha llevado allí su muñeca? volví a preguntar, tal vez asombrada de que mi bisabuela hubiera dejado por aquí aquella preciosidad.

—Es que las muñecas no entran en el cielo.

—¿Y por qué?

—Porque no tienen alma.

¡Las muñecas no tienen alma!; aquella revelación me causó una impresión profunda que me duró varios días.

Por fin dí con una fórmula que me satisfizo: las muñecas sí tenían alma; pero era un alma especial, *alma de muñeca*.

. . . .

La desgracia batió sus negras alas sobre la casa de mis amados padres; éstos murieron; tía Luisa entró religiosa y mis tutores determinaron que fuera a vivir en compañía de mi tía Soledad.

Tía Soledad era buena, aunque débil y de cortos alcances; su fortuna más que mediana le permitía vivir con cierta holgura y se encontraba a la sazón viuda y con dos hijas, Enriqueta y Soledad; la primera me llevaba nueve años y la segunda tres; yo contaba diez entonces.

Enriqueta era bellísima; pero endiosada con su figura, apenas se ocupaba de lo que pasaba en su derredor. Debía casarse en breve con un muchacho moreno, serio y formal, que yo veía en casa muchas veces y al que llamaba primo Luis, porque así me mandaba él que le llamase; muchas veces me sentaba en sus rodillas, me acariciaba y me daba dulces y yo correspondía a estas muestras de cariño con un afecto profundo.

Un día noté que primo Luis no venía como de costumbre y pasaron varios sin que apareciese por casa, y esto me decidió a preguntar a Soledad si primo estaba enfermo. Soledad, llevándome al hueco de una ventana y adoptando un aire misterioso, dijo:

Enriqueta ha reñido con Luis y se va a casar con D. Juan Ramírez Corbato.

¿Quién es ese D. Juan Ramírez Corbato? pregunté asombrada por la noticia.

Ese señor gordo, que es americano, dueño del chalet rojo que hay camino de Fuenteblanca y que tiene ese automóvil tan bonito que vemos todas las tardes en el paseo, me dijo Soledad con cierto énfasis.

La revelación de mi prima me dejó anonadada.

. . . .

La peinadora terminó el peinado de Enriqueta; un peinado tan sencillo como gracioso: una raya en medio de la cabeza y dos bandas de dorados cabellos que caían a uno y otro lado hasta la oreja recogiéndose en la nuca; pero era necesario hacer una ligera ondulación; las tenacillas estaban calientes y se necesitaba un papel para probarlas. Enriqueta sacó de uno de los cajones del tocador una carta que alargó indolentemente a la peinadora. Momentos después, mi prima, soberanamente bella, salía de la habitación ostentando en su encendida boca una sonrisa, mitad desdeñosa, mitad satisfecha.

Sin saber lo que hacía, impulsada por algo superior, cogí el papel, que medio chamuscado permanecía sobre el mármol rosa del tocador, y leí: «Enriqueta: Has destrozado mi vida, has truncado mi porvenir; por tu amor, por ti, hubiera conseguido todo, hubiera luchado y vencido, sin ti me es indiferente cuanto existe. Mi espíritu estaba lleno de ideales, que mi fuerza de voluntad y mi trabajo hubieran hecho llegar a la realidad.

Que Dios te perdone el daño que me has causado, daño que tú misma no puedes hoy día apreciar.—LUIS.»

Con los ojos llenos de lágrimas y mirando hacia la puerta por donde saliera mi prima, dije apretando los puños con rabia infantil: ¡Tiene alma de muñeca y no entrará en el cielo!





Del libro de la vida.

AMAPOLAS

Aquella mañana Rina se consideraba feliz con verse libre de la fastidiosa y rígida vigilancia de Miss Betty Smith, la institutriz inglesa encargada de su educación.

Regina de Fabrés y Quirós era la hija única de un acaudalado banquero, y habiendo perdido a su madre cuando solamente contaba dos años, su padre escribió a uno de los corresponsales que tenía en Inglaterra encargándole le enviase una institutriz de aquella nacionalidad, y Miss Betty Smith, una londinense de cabello azafranado y ojos de color de acero, fué la elegida para llenar la importante misión de educar a la pequeña; pero Miss Betty no era a propósito para dirigir una imaginación soñadora y fantástica como la de Rina, pues el realismo utilitario de la inglesa no alcanzaba a comprender el poético idealismo de aquel temperamento meridional; así que cuando por cualquier causa veíase Rina libre de su guardiana, se consideraba tan feliz como el pajarillo prisionero a quien abren las puertas de su jaula.

Aquella mañana no bien salió de casa Miss Betty,

Rina corrió a su lugar favorito que era el antiguo jardín de la casa solariega.

¡Qué encanto tan grande tienen esos viejos jardines provincianos pertenecientes a las antiguas casas señoriales! ¡Cuántos misteriosos recuerdos encierran sus sombrías alamedas! ¡Cómo se ocultan en sus bosquecillos graciosas estatuas de ninfas y cupidos, mudos testigos de amores que pasaron y de sociedades que desaparecieron.

Una cifra que una mano apasionada trazó en un árbol y que el tiempo no logró borrar; un nombre grabado en el mármol de una fuente, medio oculto entre los líquenes que cubren la piedra; la estatua de una diosa con el rostro y peinado de una dama renacentista; todo en ellos contribuye a que la imaginación viva por algunos instantes en un mundo ideal, retrotrayendo edades y gentes que pasaron.

Sentada en el suelo, en el interior de uno de los bosquecillos, Rina dejaba que su imaginación, que parecía hecha de alas de mariposa, volase a su antojo. ¡Qué bien se encontraba allí! Para ella existía un mundo ignoto y misterioso, como el de los cuentos que tanto le gustaba leer, y veía en las flores princesas encantadas y en los insectos que zumbaban a su alrededor, apuestos galanes que esperaban el conjuro de hada benéfica para recobrar su primitiva figura.

Pero aquella mañana no se ocupó de su mundo fantástico de ensueños, que el descuido, o tal vez el capricho, del viejo jardinero, proporcionóle una distracción con todo el encanto que produce en el ser humano lo que no llega a comprender.

En el centro de un macizo de flores se erguía una mata de rojas amapolas, ostentando con cierta altivez insolente sus flores de fuego y multitud de verdes capullos. Era tan extraño ver aquella flor silvestre en tan

bien cuidado jardín, que la niña, atraída por la novedad, se aproximó a la planta cortando uno de sus cerrados capullos, y ¡júzguese su asombro! cuando al abrirle, llena de infantil curiosidad, aparecieron unos pétalos blancos y vaporosos, como tenue gasa. Encantada con el descubrimiento, cogió otra, y... una nueva sorpresa le aguardaba; sus ojos contemplaron las hojas delicadas de una flor de suavísimo color rosado; por fin, el tercer capullo resultó de un grana espléndido, como las flores abiertas. Inexplicable resultaba para Rina aquella variedad de colores en una misma planta, y su infantil inteligencia no llegaba a comprender cómo aquellos delicados capullos blancos y rosados se convertían después en las rojas flores que veía. Sus deditos deshojaron un botón tras otro, hasta que la vieja Ana, nodriza de su madre, llegó a buscarla; traía en las manos una cesta de frutas, que acababa de coger, y al ver a Rina díjole con voz rudamente cariñosa:

¡Ven, mi gloria! ¡no te sientes en el suelo, mi niña, ni cojas esas flores que manchan las manos! Rina miró sus blancas manitas llenas de feas manchas de un desagradable color parduzco; corrió a una fuentecilla próxima y sumergió en el agua sus bracitos; inútilmente; las manchas no se borraban, y la niña con gesto compungido, mostró a la vieja Ana sus manos, diciendo:

¡Amapolas bonitas, pero malas!

II

Pasaron algunos años y Regina Fabrés y Quirós llegó a ser una mujer bellísima, aunque se la motejase de un poco altanera. Joven, hermosa y riquísima, se vió pretendida por los más brillantes partidos de la provincia; pero le sucedió lo que casi siempre ocurre a las

mujeres que tienen mucho donde escoger, escogió lo que menos valía, aunque no en lo referente a cualidades exteriores, que Pablo de Figueroa y Santillana poseía una arrogante figura, una conversación sugestiva y apasionada, un flamante título de ingeniero y algunas rentas cuya cuantía nadie había podido averiguar.

Rina quería a Pablo con la serenidad y confianza de un alma noble y delicada, y pensaba que su prometido sentía hacia ella igual cariño; pero ¡ay! que a veces permite Dios que la desgracia sea el crisol en que se pruebe el temple de las almas para purificarlas, y esta prueba llegó para la pobre Rina.

Un día su padre llamóla a su despacho y sollozando como un niño le contó que, efecto de unas operaciones desgraciadas, había perdido gran parte de su fortuna; en adelante tendría que reducirse a vivir con cierta modestia... Había un dolor tan profundo en las palabras del padre, que la joven, echándole los brazos al cuello, le colmó de besos y de consuelos. En aquellos momentos de amargura Rina pensó en Pablo y le vió en su imaginación, no tal como era, sino tal como ella lo creía.

III

En soberbia bandeja de plata repujada, la doncella presentó a Rina una carta; era de Pablo. Con febril impaciencia la joven rasgó el sobre y leyó:

«Mi amada Rina: Perdóname que no me despida de ti, pero me veo precisado a partir dentro de breves momentos. Voy a los Estados Unidos donde permaneceré un año o dos, ventajosamente colocado en una fábrica. Siento hacia ti el mismo cariño que siempre he sentido; pero como en dos años de ausencia pueden variar mu-

cho las circunstancias de ambos, te dejo en completa libertad de obrar.

Siempre conservará de ti gratísimo recuerdo tu apasionado.—PABLO.

Permaneció Rina un momento paralizada ante el nuevo desengaño que sufría su alma; pero su espíritu valeroso y cristiano reaccionó al instante; con un esfuerzo titánico de su bien templada voluntad, arrojó de su corazón aquel miserable ídolo de barro, mientras que con la altivez de una infanzona y el orgullo de una rica hembra castellana, arrugando entre sus blancas y señoriles manos la detestable carta, decía con acento despótico, recordando algo que hiriera profundamente su imaginación en los pasados días de su infancia:

¡Amapolas!

IMPRESIONES DE VIAJES

Paisajes y recuerdos.

LA CIUDAD MEDIOEVAL

CERCADA de murallas, coronada de almenas y ennoblecida por los escudos de sus innumerables caserones, como sombra de pasados esplendores y remembranza de bizarrías guerreras, aparece ante el viajero, turista o devoto, artista o poeta, la antigua Avila de los Caballeros, cuna de Santa Teresa, cuyo solo título es suficiente para hacer a esta ciudad famosa entre las más famosas de nuestra legendaria y creyente España.

No intento hacer una detallada y minuciosa designación de esta ciudad que tantos tesoros artísticos encierra, sino expresar sencilla y espontáneamente las impresiones que en esta peregrinación artística recibe mi espíritu.

Empezaré hablando de las murallas, a las cuales el ilustre viajero inglés Ricardo Ford, llamó: «glorioso monumento, el más perfecto y bellamente concluído en la Europa de la Edad Media;» murallas que causan impresión profunda al que por primera vez las contempla. Sus ochenta y ocho cubos, casi todos ellos en perfecto estado de conservación, sus fuertes bastiones, las gallardas y puntiagudas almenas que los coronan, las puertas

que aun conservan, los poderosos matacanes, y las señales donde estuvo el rastrillo; la roca viva que las sirve de base y el tiempo que con su pátina ennegreció sus piedras y avaloró sus tradiciones, rodean a estas viejas murallas de origen remoto, de un nimbo intangible de misterio, de gloria y de admiración, y la historia y la leyenda coronan de marchitos laureles las viejas torres que las flanquean.

Otro de los monumentos que por sí solo bastaría para que Avila fuese visitada por los amantes del arte, es la basílica de San Vicente, de estilo románico. En esta iglesia llama poderosamente la atención del visitante una bellísima puerta de parteluz con elegantes archivoltas, cuyos perfectos y primorosos adornos recuerdan el estilo bizantino. La disposición del pórtico que precede a esta entrada de la iglesia semeja al nárthex de las iglesias bizantinas, con dos capillas laterales, que, según la tradición, estaban destinadas a los catecúmenos. En el interior está el suntuoso sepulcro de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, también de estilo románico como la iglesia que lo encierra.

San Pedro es la otra parroquia notable de Avila, émula de San Vicente y cuya antigüedad ha dado origen a grandes controversias por no saberse fijamente si es anterior o posterior a esta última.

La iglesia de San Pedro es un templo vetusto de sobria arquitectura románica; templo austero, ennegrecido por los siglos y santificado por las plegarias, que invita a la oración y al recogimiento. Sus altas bóvedas, en las que ya se advierte el estilo ojival, las sencillas labores de ajedrezados, trenzados, rosetas y estrellas que le adornan, la belleza de sus capiteles y la severidad de las robustas columnas de enormes basas, que le sostienen, dan a esta iglesia tal carácter de severidad y ascetismo, que el alma creyente se siente invadida de místico

fervor y remembra los tiempos de aquellos cristianos que, a semejanza de los hijos de Israel en la reedificación de su templo, manejaban con una mano la espada y con la otra ponían los cimientos de la casa del Señor.

La catedral, de estilo gótico, conserva bellísimas obras, en escultura y en pintura de Pedro Berruguete, Juan de Borgoña y Santos Cruz; obras que pude admirar con detenimiento, gracias a la amabilidad y cultura del ilustrado beneficiado D. Julián Camarero, así como la magnífica custodia de estilo greco-romano, obra del famoso Juan de Arfe, que se guarda en la sacristía.

Una de las cosas más notables de esta catedral, es su maciza y robusta ábside. Coronada de almenas, con estrechas saeteras, por las que penetra difícilmente la luz; tiene más aspecto de torre o cubo de una fortaleza que de ábside de cristiano templo, y evoca aquellos días, en que según la tradición, los nobles abulenses, asomando al Rey Niño entre las almenas de esta misma ábside, causaron la indignación de Alfonso el Batallador al considerar que en Avila hasta los templos eran ciudadelas cuando se trataba de defender el honor de sus moradores.

Otras muchas iglesias y conventos existen en esta ciudad, pero el único mérito de la mayor parte de ellos reside en las piadosas tradiciones cuidadosamente guardadas por los fieles moradores, y gran número de palacios y casas solariegas, en cuyos blasonados escudos, de caprichosos y complicados cuarteles, está contenida la historia de esta noble ciudad; unos y otros edificios son la más perfecta y duradera representación de aquellos poderes medioevales que, unas veces amigos y otras contrarios, tuvieron durante muchos siglos el más amplio y absoluto dominio de la nación española y son conocidos bajo los nombres de *el clero y la nobleza.*



Paisajes y recuerdos.

LA CIUDAD OLVIDADA

Hay en la vieja Castilla una ciudad silente y olvidada, cuyos antiguos monumentos son otras tantas páginas de piedra, donde la historia y la leyenda han escrito con caracteres los imperecederos recuerdos de razas y dinastías, de grandeza y poderío, de fe y religiosidad.

Yo he recorrido sus calles intrincadas y laberínticas como de ciudad moruna, estrechas y tortuosas, cuyas pendientes escaleras semejan el camino de florido carmen. Yo he orado en sus románicos templos, cuyos sencillos adornos recuerdan a la raza de Odin, mientras sus historiados capiteles exornados de una fauna y una flora caprichosas y fantásticas, demuestran el influjo de la civilización vencida sobre la vencedora. He contemplado el acueducto, obra del más grande entre los más grandes pueblos de la antigüedad y, en un atardecer tranquilo y opalino, cuando el sol desaparecía entre velos rojos y la luna se presentaba envuelta en gasas blancas, como druidesa preparada para oficiar en el gran altar de la naturaleza, oyendo el susurro del viento en los árboles

centenarios de la vieja alameda, contemplaron mis ojos un paisaje sugestivo y atrayente, lleno de encanto y originalidad.

Cerca, muy cerca, corre mansa y silenciosamente el Eresma, ensombrecido por la vegetación que crece a sus orillas, y allá en la lejanía, sobre alta colina, cubierta de árboles y surcada de senderos caprichosos y serpentinos, se eleva la ciudad. Sus viejos muros, flanqueados de torres, se conservan a trechos y dan lugar a esas históricas puertas de ciudad antigua, sobre algunas de las cuales la piedad y la tradición conservan milagrosa imagen, alumbrada de noche por la oscilante luz de un viejo farol. Las casas apiñadas en un desorden artísticamente caprichoso, muestran diferencias notables de época y calidad; aquí y allá la esbelta silueta de una torre se eleva briosamente sobre los edificios que la rodean, y, próximo a la confluencia del Eresma y el Clamores, aparece con sus almenados muros y sus agudas y empizarradas torrecillas que le semejan a la morada de poderoso margrave, el soberbio alcázar segoviano, cuya vista es evocadora de reinados tan turbulentos, tan galantes y fastuosos como los de Juan II y Enrique IV.

. . . .

Suave pendiente tapizada de hierba conduce al antiguo monasterio del Parral. El noble marqués de Villena, su fundador, gastóse buena parte de su fortuna en levantar este grandioso monumento, en el cual la piedra aparece tallada con la delicadeza sutilísima del encaje; grande en otra época, ahora mudo, sombrío y abandonado; conservando, a través de los siglos y de las injurias del tiempo, sus torres de palacio y sus sepulcros maravillosos. Las sombras de los monjes blancos, cuyo único pecado consistió en su poder, merced a la magnificencia y generosidad de una dinastía, parecen vagar errabundas y desoladas por los solitarios claustros medio

derruidos, llorando como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalem.

Una estrecha vereda conduce desde el Parral a la Vera-Cruz. La antigua iglesia de los Templarios aparece con su forma de polígono sobre una colina de poca elevación; está solitaria y triste; sus recios muros han resistido mejor las inclemencias de los siglos, que sus fundadores resistieron las envidias, los odios y las ambiciones de la sociedad en que vivieron. Su falta fué semejante a la de los monjes blancos; su poderío, su valor, y como ellos, fueron víctimas de quienes encubrieron sus odios y sus ambiciones bajo la máscara de la hipocresía y la calumnia.

Desde la Vera-Cruz baja en suave pendiente un camino que conduce a la Fuencisla. La Virgen de Fuencisla es la Patrona de Segovia. Aquella imagen pequeñita, de purísimo y delicado perfil, morena como las vírgenes bizantinas traídas a nuestro suelo por los apóstoles predicadores de la doctrina de Jesucristo, es la protectora de la ciudad y la guardiana de sus moradores, a los que ama como a hijos.

Y el viajero piadoso que llega a este santuario tallado en las rocas y guarecido por ellas, al arrodillarse devotamente ante la Virgen morenita de delicadísimo perfil, siente en el alma un consuelo inefable y purísimo al considerar que existe un más allá, sin odios ni ambiciones, sin antagonismos ni injusticias, donde los hombres serán fieles cumplidores de aquel mandato del Divino Maestro: «*Amaos los unos a los otros.*»





Excursión a Sto. Domingo de Silos.

La carretera blanca y polvorienta, formando atrevidas curvas y caprichosos zig-zags, semejaba el flexible cuerpo de una serpiente arrastrándose entre el sombrío verdor de la sierra. A uno y otro lado, espesuras de robles y enebros, daban al paisaje una belleza impregnada de cierta melancolía, y grandes extensiones de terreno aparecían cubiertas de plantas rastreras, cuyas hojas de un verde claro y los menudos frutos grana, semejantes a cuentecillas de coral, ponían una nota de suavidad y delicadeza en el, un tanto agreste y severo panorama. El ánimo se sentía embargado por extrañas sensaciones y en el ambiente flotaba algo inmaterial, intangible, pero que llenaba todo con sus misteriosos efluvios: ¡el alma castellana! ¡Castilla, la vieja Castilla, la de los campos grises, la del clima helado, la de los tristes verdores, la de las desnudas sierras, aparecía ante mis ojos con su rudeza celtíbera y su ascetismo monacal.

Nadie como Castilla siente el anhelo de independencia, el deseo de descentralización. De tiempo en

tiempo, y separados por un corto número de kilómetros, aparecía algún pueblo gris de infinita melancolía, cuyas casas parecen agruparse temerosas ante un imaginario peligro, y que, tal vez asustadas de su audacia por haberse elevado algunos metros del suelo, parece quieren confundirse con la tierra de donde surgieron.

Al paso del coche salían de todos aquellos pueblos gentes encargadas de recoger la correspondencia; eran siempre hombres de rostro atezado, enjuto y surcado de prematuras arrugas, las facciones un tanto pronunciadas, los ojos de mirar severo y desconfiado. La raza castellana conserva algo de aquellos pueblos que fueron el plasma de nuestra nación, caracteres indelebles, que, en virtud de la ley de herencia consérvanse a través de los siglos.

Los pueblos de Castilla se parecen grandemente entre sí, pero casi al fin del viaje, llamóme la atención uno más alegre y riente que los que hasta entonces encontráramos. Estaba dividido en dos barrios: el alto y el bajo; la iglesia situada en el centro separaba los dos y hacía recordar la acrópolis de las antiguas ciudades, bajo cuyo amparo se desarrollaba y desenvolvía la vida; el barrio bajo terminaba en el río, río castellano, estrecho, profundo, bordeado de sauces, zarzas y rosales, que comunicaban un color glauco a las aguas; en el barrio alto estaban las eras, la manifestación de la vida, la actividad y la riqueza de aquella pequeña parte de la humanidad; un poco más lejos cuatro tapias de tierra y una cruz de hierro, indicaban el lugar del silencio, del descanso eterno; la muerte, cercana a la vida; la actividad, próxima al reposo, sin un límite visible que los separase, y los campesinos, los rudos hijos de la severa Castilla, cumpliendo la ley humana del trabajo, tranquilos, impasibles, sin fijarse en el mudo tragicismo de la inquietante mansión vecina.

En mi imaginación surgió el recuerdo de «La Danza de la Muerte»: vi al rey, al noble, al prelado, a la hermosa negarse y resistir a la orden de la Muerte, de tomar parte en la danza, y cómo el viejo labrador, quebrantado por el trabajo, arrojaba con presteza el haz de leña que llevaba a la espalda y acudía presuroso a la primera invitación que aquélla le hiciera. Miré otra vez a los campesinos y comprendí su serenidad...

La sierra se hacía cada vez más intrincada; el viaje tocaba a su fin; a lo lejos se divisada un edificio de majestuosas proporciones, gris como los campos de Castilla, grande como la fe que lo levantara, fuerte como la generación que lo construyó: ¡Santo Domingo de Silos!

Momentos después, el coche pasaba bajo un arco de medio punto de una puerta abierta en la muralla coronada de almenas, que dando paso al monasterio le comunica el aspecto de una fortaleza.

. . . .

Poco es lo que en la actualidad queda del famoso monasterio restaurado por el gran Santo Domingo, pero eso poco, es de un valor tan inmenso, que hace acudir a Silos infinidad de visitantes que llegan de los países más lejanos, ansiosos de contemplar el maravilloso *claustro bajo*, cuya fama es mundial. Son estos visitantes linajudos personajes, cultos extranjeros, sabios arqueólogos, ilustres profesores, inspirados poetas, piadosos creyentes y... peregrinos del arte que, cual yo, aman lo bello, sienten nostalgias del pasado y buscan en las glorias de las pretéritas edades, contrastes fuertes y rudos, que desilusionan un momento el espíritu, pero que al mismo tiempo le proporcionan vigorosas reacciones, enérgicos resurgimientos, que le preparan y abroquelan para la lucha, fortaleciendo su voluntad.

El claustro bajo de Silos está formado de sesenta

arcos de medio punto, catorce en cada una de las galerías oriental y occidental y dieciséis en las del Norte y Mediodía. Notables arqueólogos y hombres eminentes dan a esta maravilla del arte el nombre de *claustro románico;* pero después de haber visitado la Catedral Vieja de Salamanca, y la Basílica de San Vicente de Avila, se siente el ánimo sobrecogido de dudas y vacilaciones al comparar estilos, y aun los que nada sabemos, sentimos cierta repugnancia en llamar románica a una obra de tal belleza, de una delicadeza tan maravillosa, que según la frase de uno de los sabios religiosos «parece hecha por manos de mujer».

Los magníficos capiteles están sostenidos por finas columnas gemelas, que guardan entre sí cierta distancia y soportan los arcos, uniéndolos de dos en dos, esos capiteles, que bien pudiéramos llamar bizantinos en vez de románicos, por su belleza, delicada labor e influencias orientales. Se admira en ellos una fauna y una flora soberbiamente exóticas, fruto de imaginaciones soñadoras: animales alados, que recuerdan los toros asirios; aves de largos y retorcidos cuellos, que se entrelazan como flexibles serpientes; flores desconocidas de caprichosos pétalos; hojas delicadísimas formando caladas guirnaldas; aquí, figuras estilizadas que recuerdan frisos persas; allá extrañas labores de dibujos geométricos y en los ángulos del claustro, soberbios bajo relieves, en los que aparece Jesucristo con la indumentaria e hieratismo con que han llegado hasta nosotros, en las estelas de piedras que conmemoran sus triunfos, los poderosos reyes de Asiria y Caldea.

Es indudable que existió un gran influjo oriental en la construcción o restauración del monasterio de Silos, pues aunque hay una parte menor de capiteles exornados de asuntos bíblicos y que según el R. P. Juan Pedro Rodrigo, tienen la influencia francesa de la escuela tolo-

sana, debida acaso a que en Silos habitaron numerosos franceses venidos en tiempo de Alfonso VI; pero la mayor parte de los capiteles y los reputados de más grande mérito, manifiestan claramente influencias orientales. La antigua iglesia perdida por la decadencia y mal gusto artístico del siglo XVIII, de la que únicamente se conserva la portada y dos bellísimas columnas que la sustentan, nos dejan adivinar, que sería quizás de una factura tan maravillosa como el claustro y de su mismo estilo. Además, existe en el Museo provincial de Burgos un cobre esmaltado, que sirvió de frontal a uno de los altares de la demolida iglesia, y que se ha clasificado como de Limoges; pero al fijarse en las redondas cúpulas que aparecen sobre las magníficas figuras de hierática actitud que representan a Jesucristo y los doce apóstoles, se piensa: ¿por qué el artífice de Limoges puso, coronando su obra, unas cúpulas semejantes a las de la Santa Sabiduría de Bizancio?

En el Relicario de Silos y en el Museo de Burgos, consérvanse dos arquetas esmaltadas de fina labor y caprichosos dibujos, las que tal vez, tengan la misma procedencia que el trabajo antes citado, siendo, acaso, posteriores a él. Es notable la patena usada por Sto. Domingo de Silos, donde se ve engastado un antiguo camafeo, en el cual se lee esta inscripción latina en caracteres griegos: «La Emperatriz Faustina a su hijo Cómodo».

Es pues innegable que hubo una gran comunicación entre Silos y Bizancio; quizás, monjes venidos de aquellos cenobios, trajeron los restos de la cultura clásica, de la que fué aquella ciudad conservadora y depositaria, o tal vez, entre los cautivos árabes, que, como dice el P. Juan Pedro Rodrigo, había en el monasterio, se contasen algunos hábiles operarios influídos por el arte oriental.

Sea cierta una u otra hipótesis, es evidente que si

se compara el claustro bajo con el alto, resulta éste último una mala imitación del primero, y demuestra que los artistas que trabajaron en esta obra una centuria después, aparecen arcaicos y sin inspiración al lado de sus predecesores.

De todas maneras, después de lo anteriormente expuesto, no parece arriesgado ni caprichoso el llamar bizantino, más bien que románico, al famoso y renombrado claustro de Sto. Domingo de Silos.

Una vez vista la joya por excelencia que el monasterio encierra, nada llama la atención del visitante, a excepción de la amable hospitalidad, la afectuosa acogida y las delicadas atenciones que los sabios y virtuosos monjes benedictinos dispensan a sus huéspedes, cumpliendo al pie de la letra el mandato que el Santo Patriarca de Cansino dejó a sus hijos, resumido en unas cuantas líneas de su admirable Regla: «Recíbase a cuantos huéspedes llegaren al monasterio *como a Cristo en persona*».

Una carta. [1]

A X.

Mi buen amigo: A mi regreso de Silos encontré su amable carta y las tres postales que me envió y fueron muy de mi agrado.

El arco de D.ª Urraca es interesante, más que por su construcción, por los recuerdos históricos y caballerescos que evoca el nombre de aquella princesa. Las otras dos vistas demuestran en V. un gusto artístico muy depurado unido a conocimientos arquitectónicos.

Mucho tengo que contarle de Silos, y creo no acertaré a describir tantas maravillas en el reducido espacio de un pliego de papel; además, hay ciertas impresiones de tan elevado orden espiritual, que, al ser exteriorizadas con palabras, se evaporan como esencia sutilísima. Sin embargo, procuraré concretar, y como V. es un aficionado inteligente en cuestiones de arte, recibirá gusto en mi narración.

Llegamos una hermosa tarde al histórico monasterio, escondido en el silencioso paisaje de intrincada sierra, y después de breve descanso en la portería pasamos

(1) Esta preciosa carta fué dirigida por mi querida hermana (q. e. p. d.) a un culto y malogrado amigo, muerto ha poco tiempo. Por su amenidad y galanura de estilo me ha parecido oportuno insertarla entre las narraciones de viaje.

al claustro, verdadera maravilla de una arquitectura remota; yo creo que pertenece a la época bizantina, pues tanto los capiteles, como los relieves de los ángulos tienen notables influencias orientales. Allí se siente el alma poseída de incomprensibles sensaciones; los recuerdos de la España de Fernán-González, nos invaden y la vida actual se borra y desaparece. Al día siguiente, domingo, nos levantamos para oir la misa del alba. La iglesia apenas alumbrada, aparecía envuelta en misteriosa semioscuridad, mientras el coro iluminado, presentaba fantástico aspecto; las negras siluetas de los encapuchados monjes, se destacaban con fuerza en el espacio luminoso, en tanto que en el resto de la iglesia se percibían apenas las rudas sombras de algunos ancianos labradores, que recordaban antiguos pecheros. Nunca he oído una misa con mayor recogimiento ni más grande y profunda devoción; mi espíritu flotaba en un mundo desconocido y me sentía invadida de sentimientos tan extraños que hubiera querido que aquello se prolongara indefinidamente... En resumen, dos días inolvidables para los que peregrinamos por los senderos del arte.

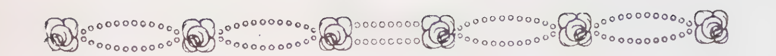
El día 28 del pasado salimos mi hermana y yo de Burgos para Madrid, donde permanecimos pocos días. A mi llegada a Sevilla y cuando me preparaba a escribirle dándole gracias por sus postales, recibo la carta que me envió a Madrid y el álbum con vistas de Valladolid, que le agradezco muchísimo; algunas de estas vistas son preciosas; por ejemplo, las de S. Gregorio y la fachada de S. Pablo.

Siga V. contándome, pues en ello recibo gusto, su vida en el campo; muy bien me parece que reparta V. el tiempo entre la lectura y la contemplación de la naturaleza, siempre bella para los que saben sentir.

Le envía un saludo afectuoso, su invariable amiga

Olimpia.

DE SOCIOLOGIA



La cuestión palpitante.

DERECHOS Y DEBERES

HACE pocos días se dió en Córdoba uno de esos lamentables espectáculos que, quizá, por ser aquí muy raros, causan una dolorosa y triste impresión, que no se borra fácilmente.

Una turba de inconscientes, extraviados por erróneas doctrinas, cometió actos reprobables, en oposición con la cultura y la ciudadanía; porque la redención de patria no se consigue, ni se conseguirá, con hechos vandálicos, sino que ha de estar basada en los derechos *indiscutibles* y en los deberes *ineludibles* de todo ciudadano.

Es cierto que vivimos en el siglo de las asociaciones; hoy la unidad carece de valor, éste radica en la cantidad; son las multitudes, conscientes de sus derechos y cumplidoras de sus deberes, las llamadas a imponer su voluntad basada en la justicia y la razón; pero esa masa amorfa, inconsciente y extraviada, conociendo de una manera errónea el derecho y desconociendo en absoluto el deber, todo lo más que conseguirá es el cataclismo

nacional, cuyas graves consecuencias ella será la primera en sentir.

Es justo, lógico y razonable que el hombre aspire siempre al perfeccionamiento, a mejorar su situación; pero las evoluciones de mayor transcendencia en la Historia de la humanidad no se han hecho con la fuerza, se han hecho con la inteligencia. Los plebeyos retirados en el Monte Aventino, consiguieron que el patriciado romano accediese a sus peticiones. El levantamiento de los gladiadores se ahogó en sangre y aquellos desgraciados no pudieron mejorar su situación.

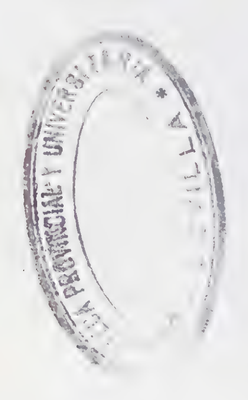
Hace cuatro o cinco años se desarrolló una importante huelga en la cuenca minera de Río Tinto. Seguí paso a paso su desenvolvimiento, pues estuve encargada por mi distinguido y sabio profesor señor Buylla, de hacer la información de la misma en la clase de Derecho y Economía política en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, y confieso que después de leer cuantos periódicos se publicaban entonces, sentía grandes simpatías por aquellos hombres que defendían sus derechos, conscientes y serenos, ante una Empresa de grandes poderes y enorme capital. Su actitud en nada fué hostil a la Compañía Minera; presentaron de una manera digna y respetuosa sus peticiones, justas y no exageradas, si se tiene en cuenta la índole del trabajo a que se dedican, los riesgos y peligros a que se exponen y las ganancias que el negocio produce a los accionistas, y sin represalias, atropellos, ni actos de barbarie, en un siglo en que tales manifestaciones repugnan a la inteligencia y al corazón, abandonaron el trabajo sin incurrir en nada que pudiera perturbar el orden, permaneciendo en esta actitud hasta que la Compañía Minera, inglesa por más señas, y cuyo director no estuvo en aquella ocasión a la altura de la ecuanimidad y altruismo, tan recomendados en las hermosas obras de sociología que

escriben sus compatriotas, se vió obligado a transigir accediendo a la mayoría de las peticiones formuladas.

El pueblo español posee en alto grado esos sentimientos nobles, patrióticos y dignos, que no son en nuestro país patrimonio único y exclusivo de las clases elevadas; pero, por desgracia, su educación es deficiente, carece de personalidad plenamente definida y se deja arrastrar fácilmente por los que le halagan para servirse de él; ignorante y crédulo, sirve admirablemente en ocasiones a los planes de aquellos que, con más ingenio que buena voluntad, saben imprimir un acertado movimiento a las figuras del retablo, que, cual nuevos Maeses Pedros, mueven al capricho y antojo de sus miras personales.

Hora es ya de que los verdaderos españoles salgan al palenque dispuestos a luchar por el bien de la patria, y no se crucen de brazos con ese indiferentismo punible, por creer irremediable un mal que tiene remedio.

Es necesaria una aproximación de clases; es preciso borrar las ideas erróneas sembradas en el pueblo y sustituirlas con otras claras, precisas y verdaderas, para que este pueblo, ampliamente, sólidamente y patrióticamente educado, sea un elemento preciso y de inestimable valor en la obra magna del resurgimiento nacional.





La mujer española en los actuales momentos.

I

TODAS aquellas cuestiones que a la mujer se refieren, sus deberes y derechos, sus aspiraciones e ideales, se sintetizan en la palabra *feminismo;* pero esta palabra tiene aún en España un significado erróneo; pocos son los que dan al vocablo su verdadero valor. Unos sonríen burlonamente al escucharlo, pareciéndoles vislumbrar en lontananza los sombrerillos estrafalarios y la silueta nada airosa de las sufragistas inglesas, tan poco femeninas en medio de sus aspiraciones feministas; otros creen ver en esta palabra la varita mágica que convertirá a España, ya que no en isla, en nueva península de San Balandrán, y que las mujeres deseosas de tomar una revancha del largo tiempo en que estuvieron postergadas, postergaran a su vez a los hombres. Muy poco valor y muy poca confianza en sí demuestra tener el que piense de este modo.

Es el feminismo la aspiración que debe tener toda mujer a conseguir una personalidad definida, y sin dejar de ser mujer, o sea dentro de la feminidad propia de su sexo, demostrar que el constituir la mitad de la humana

sociedad tiene derecho a tomar una parte activa en todo aquello que al mejoramiento social se refiere, dejando de representar ese ridículo papel de figura decorativa que le está asignado y que los atavismos, las costumbres, la indolencia y la abulia le impide cambiar por otro más digno, más útil y más humano, que redunde en beneficio para sí, para la familia y para la patria. Mas para esto necesita estar capacitada física, moral e intelectualmente, puesto que de no ser así su intervención conduciría al fracaso.

La mujer no es superior al hombre, pero tampoco es inferior a él; según el Génesis procede del hombre, pero aunque el hombre haya sido formado directamente por Dios, no va a ser esto causa del menoscabo de la dignidad de la mujer; pues equivaldría a negar el valer de los hombres de genio, por proceder de la materia de sus progenitores, los cuales muchas veces no se distinguieron por nada, ni salieron de la vulgaridad.

Y una vez sentado este precedente, consideremos a la mujer, en primer lugar desde su aspecto físico y pasaremos después a su intelectualidad, estudiando, sin apasionamientos ni parcialidades, la conveniencia o desconveniencia de su educación actual.

No ha mucho tiempo, cuando la guerra europea se desarrollaba sangrienta y tenaz, al recorrer las páginas de los periódicos ilustrados, descansaba la vista, ya fatigada de tanto combate y tanta máquina de destrucción, en bonitos grabados donde se representaba a la mujer inglesa, alemana o yanqui cultivando la tierra, haciendo la recolección de las cosechas o guardando apacibles rebaños. Todo esto, que parecía nuevo y gracioso a aquellos de nuestros compatriotas que avaloran lo extranjero, despreciando lo patrio, viene realizándose en España desde tiempo inmemorial. ¡Cuántas veces he visto en la silente campiña castellana a las mujeres ocupadas

en las agrícolas faenas! Valientes, decididas, fuertes, ayudan a sus padres o maridos a sostener un hogar modesto, pero donde reina el bienestar. La madre y la esposa no sólo constituyen el complemento de aquella santa sociedad conyugal, sino que contribuyen a su mejoramiento.

También en los rientes campos de Galicia, cruzados por bellas rías semejantes a cintas de plata, sirviendo de escenario una campiña espléndida, donde merced a las suaves tonalidades de la luz, percibe la vista toda la rica gama del color verde, surgen las hermosas y mórbidas figuras de las hijas de aquella región privilegiada, ora guardando sus vacas, ora haciendo los quesos y laborando la manteca, bien segando el heno, bien conduciendo los carros rebosantes de olorosa hierba a los lugares donde han de almacenarse, para que sirva de alimento a todos esos seres irracionales que conviven con el campesino, le ayudan en la lucha por la existencia y forman algo así como una prolongación de la familia.

Aquel idealista soñador que se llamó Becquer y cuyo dulce recuerdo llena aún de poesía y encanto su ciudad natal, en sus preciosas cartas literarias, «Desde mi celda» escribe la siguiente, aludiendo a las hijas de Añón:

.....«Cuando la noche es más obscura, cuando la nieve borra hasta las lindes de los senderos, cuando supone que los guardas de los montes del Estado no se atreverán a aventurarse por aquellas brechas profundas, y aquellos bosques de árboles intrincados y sombríos, entonces la añonesa desafiando todos los peligros, adivinando las sendas, sufriendo el temporal, escuchando por uno y otro lado los aullidos de los lobos, sale furtivamente de su hogar. Más bien que baja, puede decirse que se descuelga de roca en roca hasta el último valle que la separa del Moncayo; armada del hacha penetra

en el laberinto de carrascas obscuras, a cuyo pie nacen espinos y zarzas a montón, y descargando rudos golpes con una fuerza y una agilidad inconcebibles, hace su acopio de leña, que después oculta para conducirla poco a poco, primero a su casa y luego a Tarazona, donde recibe por su trabajo material, por los peligros que afronta y las fatigas que sufre, seis o siete reales, a lo sumo.»

. . . .

«Grandes, inmensas desigualdades existen, no cabe duda; pero también es cierto que todas tienen su compensación.

Yo he visto levantarse agitado y dejar escapar un comprimido sollozo a más de un pecho cubierto de leve gasa de seda; yo he visto más de una altiva frente inclinarse triste y sin color como agobiada bajo el peso de su espléndida diadema de pedrería; en cambio, hoy como ayer sigue despertándome el alegre canto de las añonesas que pasan por las puertas del monasterio para dirigirse a Tarazona; mañana como hoy, si salgo al camino o voy a buscarlas al mercado, las encontraré riendo o en continua broma, felices con sus seis reales, satisfechas porque llevarán un pan negro a la familia, ufanas con la satisfacción de que a ellas se debe la burda saya que visten y el bocado de pan que comen.»

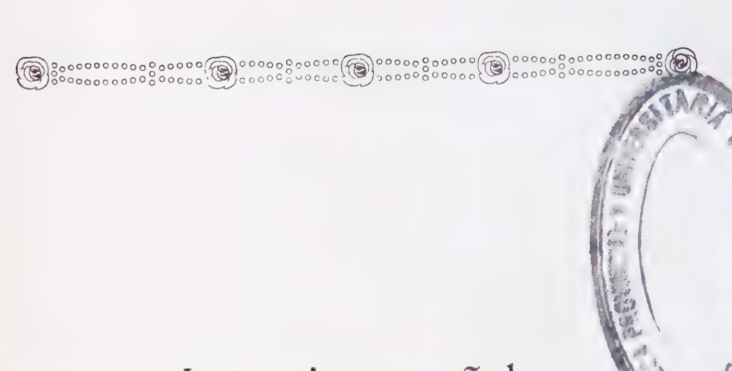
Satisfechas, sí, porque cumplen sus deberes, porque tienen personalidad, porque su vida es útil y no se arrastra lánguidamente en medio de la indolente holgazanería, que prefiere carecer de todo a desprenderse de arcaicos atavismos.

Y vemos por lo tanto, que la mujer físicamente considerada, no tiene respecto al hombre aquella inferioridad que muchos la suponen, y si se dan algunos casos son más bien debidos a la educación de quietismo

y ñoñez que recibe, la cual atrofia sus músculos y empobrece su sangre, que a deficiencias de su complexión. Pero en España se hace muy poco en materia de educación para favorecer el desarrollo físico de la mujer; los deportes están solamente al alcance de personas adineradas y esas mil conveniencias sociales de indumentaria, hacen que la mujer lleve, casi siempre, una vida muelle y sedentaria, que desarrolla a medias su organismo.

El verdadero significado de la palabra *educación física* se ignora entre nosotros, reduciéndose en los centros de enseñanza a nociones o ampliaciones de las asignaturas de Fisiología e Higiene.

Además, nuestros compatriotas que se entusiasman ante las gallardías y decisiones de inglesas y americanas, ridiculizan despiadadamente a la mujer española, que saliéndose del trillado sendero marcado desde hace tres siglos por las huellas de nuestras antecesoras, siente anhelos de un papel, que estando más en conformidad con los momentos actuales y las necesidades de la vida moderna, no esté en pugna con la misión de amor, de suavidad y delicadeza que Dios le tiene asignada.



La mujer española en los actuales momentos.

II

Anteriormente me ocupé de la mujer considerada desde su aspecto físico; hoy voy a hacerlo desde el punto de vista de su intelectualidad.

Es la inteligencia de la mujer española semejante a rico venero que se pierde sin fecundar los extenscs y yermos campos que atraviesa, sin desarrollar energías, que den origen a rica y próspera industria, sin producir utilidad alguna, y, triste es confesarlo, la mujer española, que cuenta entre sus antecesoras figuras de tan señalado relieve como Isabel la Católica, la Nebrija, la Galindo, la Sigea, Teresa de Jesús, Ana de Guzmán, Feliciana Enríquez y otras muchas más que sería largo y prolijo enumerar, se encuentra en los momentos actuales ocupando el último lugar con relación a la mujer en otros países civilizados; le ha ocurrido algo semejante a lo que sucede a las plantas faltas de un acertado cultivo, que degeneran; así vemos que desde el siglo XVII su educación ha sido cada vez más deficiente, las conveniencias sociales mal

entendidas y la mala fe o ignorancia de algunos hombres que con suspicacias indignas del que cree en su valor y no teme, por lo tanto, rivalidades, han puesto el veto a todo lo que no fuera tener a la mujer sumergida en la más absoluta incultura. En cierta ocasión, teniendo que hacer un trabajo relacionado con el estado cultural de la mujer española en el lapso de tiempo comprendido desde 1812 a 1836, leí el siguiente curioso dato, consignado en las sesiones de las Cortes; un señor diputado, enalteciendo la necesidad de divulgar el conocimiento de la Constitución, dijo: «Aprendan la Constitución todos los ciudadanos españoles, apréndanla los *carreros y hasta las mujeres*». ¡Vean ustedes qué puesto tan honroso daban aquellos hombres entusiastas del derecho y de la libertad a sus compañeras, colocándolas por bajo de la mentalidad de la clase social más ínfima!

Hay un error muy vulgarizado; que es suponer a la mujer instruída incapaz de atender a los cuidados domésticos y familiares; así suelen decir: «La mujer ha nacido para ser madre; ésta es su principal y única misión».

Es muy cierto, pero esto no implica que la madre sea una ignorante, al contrario; Ribot, en su interesante libro «La Herencia Psicológica» expone de una manera clara y científica cómo todos los hombres célebres que han legado sus nombres a la posteridad, fueron hijos de mujeres ilustradas y de talento, y en cambio, los hijos de los grandes genios vivieron casi siempre en la oscuridad.

Esto, además de la parte que corresponde a las herencias físicas y psicológicas, podemos y debemos atribuirlo a que la primera maestra y educadora del niño debe ser su madre; pero este deber muchas lo ignoran, y otras, ineptas para cumplirlo, creen que es suficiente colocar a sus hijos en colegios afamados; pero no es

bastante, la madre tiene que cooperar en la labor educativa de la maestra, tiene que ayudarla, y no es la casa el lugar donde menos se desenvuelve la inteligencia del niño; así es que, en vez de dejarle en manos mercenarias y oyendo, tal vez, conversaciones groseras o libres, la madre es la encargada de formar y desarrollar aquella inteligencia infantil, y este trabajo le hará doblemente acreedora al cariño de sus hijos.

Y ya están contestados aquellos que suponen que la mujer no necesita instruirse para la misión de maternidad que le está encomendada por Dios y por la naturaleza, que es tanto como afirmar que el campesino que tras el arado se ocupa en las rudas faenas agrícolas, es más capaz de educar a sus hijos que el hombre culto, que en su gabinete de estudio, en su oficina, en su cátedra, o en su laboratorio, hace labor de investigación, de educación, de sociología o de humanidad.

No, y mil veces no; la cultura no seca el rico manantial de amor que los padres profesan a sus hijos; lo que más bien hace es acrecentarlo y darle una acertada dirección para que se convierta en útil y provechoso en lugar de ser pernicioso o estéril, como ocurre cuando irreflexivamente lo maneja la ignorancia.

Repito que la mujer debe ser la primera educadora de su hijo y que tiene un deber moral de hacerlo, de cuyo incumplimiento ha de dar cuenta a Aquel a quien todos estamos obligados a darla hasta de nuestros menores actos.

Otra de las causas del descuido de la educación femenina, ha sido suponer en la mujer ilustrada ciertas aspiraciones absorbentes, y que no encontrando, tal vez, suficiente el campo de operaciones que le está asignado, quiere invadir el terreno que al hombre pertenece. Segundo error en que caen los que combaten la cultura femenina.

El insigne literato Gregorio Martínez Sierra, que en brillantes conferencias dadas en Madrid en el teatro Eslava, defendió el feminismo con bellas palabras y sabias razones, dijo lo siguiente: «Por saber más, no es una mujer menos mujer; por tener más conciencia y mas voluntad no es menos mujer una mujer; por haber vencido unas cuantas perezas seculares y encontrarse capaz de trabajo y de interés en la vida, no es una mujer menos mujer; por haber adquirido medios de defenderse y de defender a sus hijos sin ayuda ajena, no es una mujer menos mujer; al contrario, puesto que todo esto, ciencia, conciencia, voluntad, capacidad, cultura al cabo, o, si ustedes lo quieren mejor, cultivo, no puede dar de sí más que perfeccionamiento de sus facultades naturales, nunca un cambio de naturaleza. Por mucho que cultive la rosa un jardinero experto, no logrará hacer de ella un jazmín... Así, por mucho que una educación intensa, que una fuerte ilustración, que un aumento de libertad y de responsabilidad cultiven y perfeccionen el espíritu de la mujer, ensanchando su capacidad y dilatando el campo de sus actividades, no correrá nunca el peligro de acercarse a ser hombre; por el contrario, cuanto más perfecta llegue a ser, cuanto más complete su vida, cuanto más eduque su cuerpo y su alma, más mujer será. No hay ser que se afirme por lo que le falta, sino por lo que posee, y decir que una mujer moderna, cultivada, sabia, libre y consciente, en la plenitud de todos sus derechos y de todas sus responsabilidades, es menos mujer que una pobre inconsciente, sin más defensa que el instinto, más arma que la flaqueza, ni más encanto que la ignorancia, equivale a decir que fué más hombre el salvaje de la selva primitiva que el moderno varón cultivado por la sabiduría de los siglos. La mujer ignorante y esclava ni con la muerte sale de su infancia.»

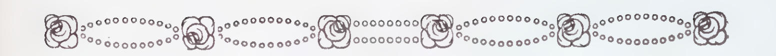
Después de lo dicho tan magistralmente y rotunda-

mente por el señor Martínez Sierra, nada me resta que añadir, ni me quedan razones que exponer para tranquilizar a los que temen una intromisión de la mujer en el campo de acción destinado al hombre; nada de eso teman, pues el terreno demarcado para unos y otros tiene sus límites bien definidos. Las mujeres siempre seremos mujeres y no aspiraremos a más esfera de acción que aquella que nos está señalada; pero esta acción será socialmente más benéfica cuanto más perfección alcance la colectividad que ha de ejercerla. La mujer española necesita instruirse más ampliamente, más sólidamente que lo hace; la educación actual no la capacita para la vida real, y arrastra, en la generalidad de los casos, esa *vida latente*, tan semejante al sueño, de que nos hablan los biólogos. Frecuente los centros de enseñanza, estudie carreras, adquiera títulos académicos, y si no necesitara utilizarlos para el desempeño de un puesto oficial o una cátedra, recogerá el fruto de su estudio y su trabajo, siendo la maestra de sus hijos y la confidente de su marido.

También debían crearse en España esas Escuelas de *menagére*, donde las jóvenes aprenden todo lo que una buena ama de casa debe saber, para que el día que se hallen al frente de una familia, no encuentren dificultades en la dirección y gobierno de una casa y con la misma facilidad manejen la pluma, escribiendo cartas familiares, que llevando una correspondencia comercial; anotando los gastos de la casa y desempeñando una contabilidad mercantil; confeccionen un plato de cocina o cosan y planchen las prendas de sus ropas.

Hoy día en que la aspiración única y general de la humanidad es el perfeccionamiento, parece una paradoja que tan fiera y rudamente se combata en España, usando todas las armas y principalmente el ridículo, ese perfeccionamiento cuando se trata de la mujer.

Abandónense, pues, antiguas rutinas, necios errores, costumbres que no encajan en pleno siglo XX, y sea la mujer ilustrada y consciente la digna compañera del hombre actual, al que podrá ayudar con sus consejos en los negocios y aliviar con sus consuelos en las penas y amarguras de la vida.



Cuestiones trascendentales.

LA MENDICIDAD INFANTIL

RARO es el día que no se me acercan dos o tres niños sucios y mal vestidos, con la sabida frase en los labios: «Señorita, una limosna, que no he comido hoy»; y al mirar a esos pequeños seres que se asoman a la vida con tan tristes auspicios, en mi corazón se entabla una lucha entre dos sentimientos enteramente opuestos: la piedad infinita hacia el pobre niño que demanda mi auxilio y la repulsión a cooperar, tal vez, en una de esas comedias que los explotadores de la infancia preparan con frecuencia.

Llamo la atención de las autoridades sobre este problema, de importancia trascendental, y téngase en cuenta que no lo hago a manera de acusación; nada de eso; es de un modo patriótico y cariñoso como deseo ocuparme de una cuestión, que mirada serenamente, es muy importante.

En Inglaterra se han establecido algunas casas para «golfos», que están dando excelentes resultados; pero soy partidaria de precaver más bien que de curar. ¿No costará menos formar niños y jóvenes honrados que convertir a los golfos en ciudadanos modelos? Si la

mendicidad infantil estuviese prohibida, no existiría el día de mañana tanto alcohólico e irresponsable. Esos niños, acostumbrados a la vagancia y al vicio, son los que de hombres darán mayor contingencia a los presidios; sin temor a nada ni a nadie, ignorando sus derechos y deberes, oyen a todos aquellos que alhagan sus pasiones, con el solo fin de servirse de esa masa amorfa, que ellos modelan a su gusto, y de estos hombres salen ciertos delincuentes, seres inconscientes, sin personalidad, que obran a impulso del brazo que los maneja.

Pasaron ya los tiempos de «Panem et circenses»; es preciso «alimento y educación», formar un pueblo sano, fuerte, honrado, culto y patriota; es necesario que esos niños sean recogidos en algún sitio; no en un asilo; algo así como una entidad que llamaríamos Casa de trabajo, donde empiece la formación del ciudadano por la escuela, cantina y ropero, y de allí pase al taller, y en él se formen obreros aptos que puedan aspirar a una retribución honrosa de su trabajo, suficiente para disfrutar de algunas comodidades de la vida, sin soñar con las utopias.

Algo se hace hoy día para mejorar la condición del niño de las clases humildes, pero en ese obrar hay mejores deseos que acierto. Las Colonias escolares, por ejemplo, no llenan su cometido tal y como debieran. Los niños que consiguen formar parte de ellas, todos pertenecientes a familias muy modestas, se encuentran durante un corto espacio de tiempo, mimados, vestidos, a veces con elegancia, alimentados de una manera espléndida, colmados de agasajos y golosinas; luego... la casa de sus padres, con las privaciones propias de un hogar humilde, sin comodidades, la comida escasa, el vestido de tela barato y corte vulgar; todo esto hace que en la mente del niño se establezcan comparaciones y nazcan deseos, no siempre plausibles, comparaciones en

las cuales la casa paterna lleva siempre la peor parte, y el niño pierda el afecto a su hogar y el cariño a una familia que no le proporciona los goces que disfrutó durante breves días.

Una de las instituciones de carácter educativo que más ha llamado mi atención, impresionándome agradablemente, ha sido una fundación de carácter particular, cuyo nombre no recuerdo, y que visité hace tres años, cuando estudiaba en la Escuela Superior del Magisterio. Situada en una de las barriadas nuevas, sólo recuerdo dos cosas; su excelente organización y que me dijeron estaba dirigida por un Patronato del que formaban parte los señores Cossío y Altamira.

Este grupo escolar no tiene el aspecto de palacio o ministerio que presentan algunos de los que en Madrid hay, y que no obstante su magnificencia externa, presentan en el interior múltiples inconvenientes, que los inhabilitan para llenar racionalmente su cometido; a la entrada tiene un amplio patio plantado de árboles, lo suficiente para embellecerlo, sin disminuir el sitio destinado a campo de juego; en un extremo hay una huerta jardín, terreno dividido en parcelas destinadas a diferentes clases de cultivos y separadas unas de otras por vallas de flores o plantas de adorno. El edificio es modesto, pero alegre e higiénico; en todo él reina el orden y la limpieza; los niños, de aspecto sano y agradable, estaban sumamente limpios; sus batas eran de telas comunes, algunas zurcidas y remendadas; la amable directora dijo que esto obedece al deseo de hacer que los niños no olviden que son pobres, que no siempre podrán vestirse con telas nuevas, y no desprecien a su familia al verla pobremente ataviada. Lo mismo la ropa interior que la exterior se zurce y se remiendan, pero estos zurcidos y piezas están muy bien hechos y se emplean telas iguales a la de la prenda deteriorada.

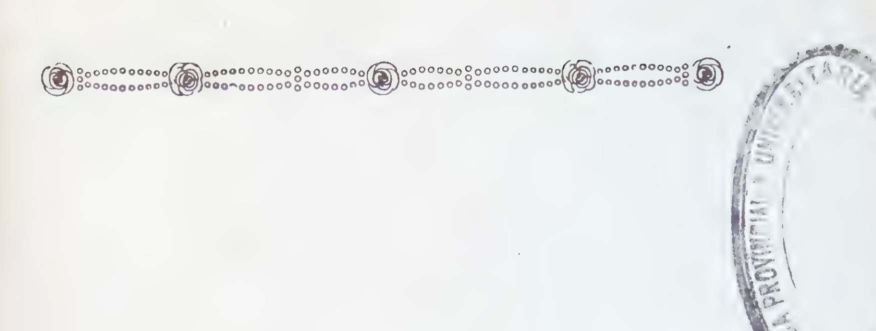
Presencié el desayuno que consistió en una taza grande de leche y pan blanco y tierno. En el comedor había guirnaldas de verdes hojas adornando las paredes. Estas guirnaldas, obra de los niños y algunos grabados con escenas infantiles, formaban un decorado sobrio y elegante.

Las aulas son claras, alegres y ventiladas; en todas ellas vi un manojo de flores e hierbas olorosas colocado en una vasija de barro ordinario, un jarro, un puchero, una cacerola; la directora manifestó que aquello se hacía para desarrollar en los niños el gusto estético y para que aprendieran que las flores, por sí solas, constituyen un adorno tan bello que no necesitan estar colocadas en vasos de precio para hermosear una vivienda.

Asistí a una clase de Matemáticas, observando que todas las cuestiones que en ella se desenvolvieron fueron prácticas, claras, sencillas y muy relacionadas con las necesidades de la vida.

Algo así como esta fundación pudiera servir de modelo a lo que llamaríamos Casa de trabajo. En Córdoba hay hombres de corazón y de dinero capaces de emprender una obra tan socialmente útil, y en esa Casa de trabajo se daría educación y alimento a los desheredados de la fortuna, con preferencia a los huérfanos, a los chicos del arroyo, y se experimentaría una satisfacción honda, grande y noble al considerar restada al vicio un número de semejantes, por corto que éste fuera.

Todos tenemos la obligación de cooperar a esta acción social y yo soy la primera que acudiría al llamamiento, sin desear ni pedir otra recompensa que la satisfacción íntima que produce siempre el cumplimiento del deber.



Cuestiones trascendentales.

BIBLIOTECAS POPULARES
Y BIBLIOTECAS AL AIRE LIBRE

La cultura se impone en los actuales momentos, como algo de necesidad imprescindible a todas las clases sociales.

España atraviesa uno de esos períodos que preceden al resurgimiento de los pueblos que, por razones que no son del caso enumerar, han arrastrado durante un lapso de tiempo, más o menos largo, una vida lánguida y sin iniciativas. En la actualidad se ha operado un cambio radical en nuestra patria, y la guerra europea, convirtiendo en campos de sangre las naciones más civilizadas, ha venido a ser la causa de que España, con un noble gesto de gallardía y patriotismo, salga de aquel marasmo en que había caído por la ingratitud y deslealtad de algunos indignos hijos suyos, que anteponiendo intereses particularísimos a los generales, se han mostrado siempre malos patriotas, que es la negación de todas las virtudes cívicas.

Española de corazón, amo a mi patria desde lo más profundo de mi alma, sin que me ciegue el cariño hasta el punto de no ver los defectos de lo que tenemos, y no

notar la falta de lo que pudiéramos tener; pero siempre he mirado con gran antipatía a esos entes que encuentran malo todo aquello que lleva el nombre de español, y no hallan nada censurable cuando se trata de algo que extranjero sea, lo mismo en el campo intelectual que en el de la industria. Pues bien; España ha dado una lección provechosa en los actuales momentos a esos señores que temían los efectos de la guerra, quizá no tanto por las víctimas que perecieran en los campos de batalla como por la multitud de cosas de que íbamos a carecer; ni tendríamos medicamentos para curar nuestras enfermedades, ni telas para vestirnos, ni libros para estudiar; las fábricas necesariamente habrían de cerrarse; paralizarse la industria; todas las grandes empresas que existían en España, estaban dirigídas por extranjeros... «El tiempo para verdades,» como dijo uno de nuestros inspirados poetas; pronto hará cinco años que estalló la guerra europea; España sigue su vida normal, dentro de lo que podemos llamar normalidad en unas circunstancias como las presentes; nuestros productos son buscados en el extranjero, y nuestra patria vuelve a desempeñar hoy día el papel de «Provincia nutricia» que le adjudicaron los romanos; no carecemos de aquellas cosas que nos decían no podían fabricarse en España; lo único que tenemos que lamentar es que las pagamos más caras, merced a los exportadores.

Este ligero preámbulo sirva de introducción para demostrar que, si una vez terminada la guerra, la industria española alcanzara, como es de esperar, un gran desenvolvimiento, es natural exigir que los obreros progresen en sus artes e industrias, y este progreso tiene que ser el resultado de una elaboración mental del individuo mediante el estudio; pero ¿cómo se va a exigir a un obrero que gana cuatro o cinco pesetas diarias, que gaste ocho o diez en un libro;? no, no es posible, los

jornales no permiten estos dispendios, y como el obrero no puede adquirir libros, es necesario proporcionárselos, que a veces dar un libro es una limosna más grande, más santa, que dar un pedazo de pan, pues según dijo Jesucristo: «No sólo de pan vive el hombre».

En Sevilla, merced a la iniciativa de un hombre de acción y de cultura, Don Santiago Montoto, se ha creado la Biblioteca popular de Triana; es una nueva gloria que el Sr. Montoto tiene que añadir a las que le han proporcionado su musa inspirada y su prosa castiza, y gracias al trabajo del insigne escritor hispalense, el barrio de Triana cuenta con una bien surtida biblioteca, que la generosidad del pueblo sevillano ha donado, no en conjunto sino separadamente, y, así como para las obras piadosas o caritativas no falta el óbolo, por pequeño que sea, de las gentes de corazón, los sevillanos han demostrado su buena voluntad, su cariñosa simpatía hacia esta obra de interés social, y el óbolo con que han acudido ha sido un libro, dos, los que han podido donar; así se ha formado la Biblioteca popular de Triana, y asombra ver el gran número de obras consultadas en el poco tiempo que lleva establecida.

Córdoba debe imitar el hermoso ejemplo dado por Sevilla; es preciso que la ciudad que fué un tiempo centro de cultura y saber, sacuda el marasmo y la indiferencia en que yace sumergida y demuestre que hay algo espiritual en la vida de los pueblos, que se conserva a través de los tiempos y resurge en el momento necesario.

Existe en Sevilla un lugar de ensueño que se llama Plaza de América; en este sitio han surgido, en medio de jardines encantados, palacios maravillosos, semejantes a los descritos en los cuentos orientales, debidos al ge-

nio de un hombre tan sabio como modesto, el famoso arquitecto D. Aníbal González, cuyo talento y mérito extraordinario le dan puesto preeminente entre los hijos más ilustres de Sevilla.

En este encantado recinto hay un jardincito, en cuyos bancos, formados de azulejos, se ven los principales pasajes de las aventuras del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Ese jardín es el de Cervantes, cuyo busto en cerámica y una estatuita ecuestre de Don Quijote, caballero en Rocinante, decoran el lugar; pero, no es esto lo que llama la atención del paseante, sino unas a manera de hornacinas con estantes, hechas de cerámica sevillana, y que contienen las obras del Manco de Lepanto. Y la tarde de un domingo primaveral, cuando los jardines estaban cuajados de flores y el ambiente saturado de azahar, quedé agradablemente sorprendida al ver el jardín de Cervantes lleno de gentes; obreros de manos limpias y honradamente curtidas por el trabajo, estudiantes, caballeros, casi todos tenían en las manos un libro, ya era el «Quijote», ya las «Novelas ejemplares», quien «Persiles y Segismunda», quien la «Galatea».

Y al contemplar el cuadro simpático y atrayente que formaban los lectores cervantinos, su corrección y comedimiento, pensé, que, después de la religión no hay lazo que más una y hermane a los hombres que la cultura.

INDICE

✠

✠ ✠

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA ESCUELA SALESIANA DE
ARTE GRAFICO DE SEVI-
LLA, EL DIA 20 DE NO-
VIEMBRE DEL AÑO
DEL SEÑOR DE
M C M X X

LAUS DEO

✠ ✠

✠





1920 Cabas Lorda, O. REINO DE ENSUEÑO